



Tua fé
Te Salvou!

RICHARD
SIMONETTI

¡Tu fe te salvó!

Richard Simonetti

Traducido por R. Bertolini

En ciertas personas, la fe parece de algún modo innata; sólo una chispa basta para desarrollarla. Esta facilidad en asimilarse las verdades espíritas es una señal evidente del progreso anterior; en otros, al contrario, sólo penetra con dificultad, señal no menos evidente de una naturaleza atrasada. Los primeros ya creyeron y comprendieron; traen al renacer, la intuición de lo que sabían: su educación está hecha; los segundos tienen que aprenderlo todo; su educación está por hacer; ella se hará, y si no se concluye en esta existencia se concluirá en otra.

Allan Kardec en "El Evangelio según el Espiritismo" capítulo XIX

Sumario

- 0- Lo más importante
- 1- El siervo del centurión
- 2- Tafofobia
- 3- La duda de Juan
- 4- El perdón de los pecados
- 5- La presencia femenina
- 6- Las parábolas
- 7- Parentela
- 8- Ante la tempestad
- 9- La muerte de los puercos
- 10- La cura por la fe
- 11- Los trabajos de la siembra
- 12- Instrucciones a los sembradores
- 13- Panes y peces
- 14- Sobre las aguas

Lo más importante

El gran desafío, en el trato con el Evangelio, es traer a Jesús para lo cotidiano, vivenciar sus lecciones, imitar sus ejemplos, seguir sus pasos...

Hay abismos que vencer, representados por nuestros defectos. Es un proceso lento, demorado, marcado por desvíos frecuentes, bajo la inspiración de pasiones que aún nos domina y acostumbran a señalar caminos diferentes.

El recurso capaz de concientizarnos al respecto de nuestras necesidades espirituales, estimulándonos para la vivencia evangélica, es el contacto prolongado con las enseñanzas en él contenidas, atentos a su aplicación en el día a día. No obstante, el desarrollo de los medios de comunicación y el avance de las iglesias cristianas en nuestra cultura occidental, Jesús aun es un gran desconocido. La mayoría de los que profesan se limitan a la superficialidad del culto.

Si analizamos, preguntando a las personas cuando estudiaron el Nuevo Testamento, escucharemos respuestas así:

Hace algunos años...

No me acuerdo...

Hace tiempo...

La mayoría:

Nunca...

Sin convivencia asidua con la Buena Nueva, sin familiaridad con las lecciones, nos perdemos en generalidades.

Jesús predicó el amor, el perdón, la caridad, la fe... ¿Si, y de ahí?

¿Qué representa eso en nuestra vida?

¿Cuál es la repercusión en nuestro comportamiento?

Hay una dificultad:

Los Evangelios fueron reunidos hace casi dos mil años, pasaron por muchas traducciones y llegan a nuestro tiempo con un lenguaje peculiar, construcciones literarias y expresiones propias del judaísmo y de los tiempos de Jesús, lo que convierte al texto poco atrayente y difícil para los no iniciados.

En esta serie de libros que nos proponemos escribir, intentamos favorecer al lector con la "conversión" del texto evangélico para nuestro tiempo, envolviendo cuestiones fundamentales:

- la misión de Jesús.
- su condición ante Dios.
- las circunstancias que envuelven sus lecciones.
- la interpretación espirita.
- la aplicación práctica.

En el primer libro, Paz en la Tierra, describimos los episodios que marcaron el nacimiento del Maestro, hasta el inicio de su apostolado.

En ¡Levántate! Tenemos algo relacionado con el primer año de divulgación de la Buena Nueva.

En este libro comentamos pasajes importantes que se dieron en un espacio de tiempo cercano a lo que situaríamos como el segundo año de apostolado. Cercano, porque no hay ninguna certeza en cuanto a la cronología, ni hubo preocupación de los evangelistas en cuanto a eso.

Se destacan, en el periodo, episodios relacionados con la fe, que Jesús sitúa como la base fundamental para que podamos beneficiarnos de sus bendiciones.

La mujer con hemorragia, curada con un simple toque en la ropa de Jesús, es el ejemplo destacado de los poderes extraordinarios que movilizamos cuando creemos en plenitud.

Sin duda, su fe no era gratuita.

Ciertamente conocía al Maestro, sabía de los prodigios que realizaba, escuchó sus predicas... Si, por lo tanto, pretendemos que Jesús nos ampare, ayudándonos a superar dificultades, resolver problemas, curar males, es importante que nos familiaricemos con su mensaje, que sintamos su grandeza.

Espero que estas páginas sencillas puedan ayudarte en ese menester, amigo lector, y que te inspiren, sobre todo, en la comprensión de que, mejor que la cura de los males del cuerpo, Jesús nos ofrece la oportunidad de edificación para nuestras almas, desde que nos dispongamos a observar sus lecciones e imitar sus ejemplos.

¡Es lo más importante!

Bauru SP, agosto de 2000.

El siervo del centurión

Mateo, 8:5-13

Lucas, 7:1-10

Ningún país se somete pasivamente al invasor. Este precisa mantener el llamado ejército de ocupación. Y la garantía de dominio del más fuerte, expoliando al más débil.

Expertos en este sentido, los romanos extendían sus tropas invencibles por tres continentes, imponiendo la presencia indeseable, en una convivencia conturbada, marcada por revueltas y rebeliones.

Peor con los judíos.

Orgullosos de su nacionalidad, con pretensiones de pueblo escogido, los descendientes de Abraham consideraban inadmisibles aquella situación.

Nutrían un evidente rechazo por sus dominadores. Contactos, solo inevitables. Exigían posteriormente, rituales de purificación, como quien desinfecta las manos después de estar con algo pestilente.

Delante de esa animosidad, fue con sorpresa que los apóstoles observaron a un centurión aproximarse a Jesús.

Retornaban a Cafarnaúm, después del inolvidable Sermón de la Montaña, en las cercanías de la ciudad, cuando Jesús trazó las directrices básicas del comportamiento cristiano para la edificación del Reino de Dios.

El centurión era el oficial romano que comandaba la centuria, destacamento militar compuesto de cien soldados.

El militar habló, respetuosamente:

- Señor, tengo en casa a un siervo que está en cama, con parálisis, sufriendo horriblemente.

Como siempre, Jesús respondió con dulzura, aunque delante de un enemigo de la raza:

- Iré a verlo.

El centurión se adelantó:

- Señor, Señor, no soy digno de que entres debajo de mi tejado; mas solamente di con la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo potestad, y tengo debajo de mi potestad soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace.

Singular el comportamiento de aquel prepuesto de Cesar.

Demostó fuera de lo común un interés por un simple siervo y se dispuso a pedir ayuda a un judío, aunque sabiendo de la aversión que aquel pueblo altivo nutria por los romanos.

Pudiendo ordenar que sus soldados condujesen a Jesús a su presencia, prefirió ir él mismo a su encuentro y, renunciando a las prerrogativas del cargo, le habló con humildad. Sus consideraciones revelan un espíritu sensible, dotado de fe, hecho digno de admiración, principalmente por tratarse de un pagano. Y libera a Jesús de la obligación de ir a su casa.

Observando tan grande convicción, proclamó Jesús:

- En verdad, en verdad os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe. Pero yo os digo que vendrán muchos del oriente y del occidente, y se sentarán a la mesa con Abraham, e Isaac, y Jacob, en el Reino de los cielos; mientras que los hijos del Reino serán echados en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes.

Abraham, Isaac y Jacob, fueron los patriarcas más importantes del pueblo judío. La proclamación de que los hijos de otras tierras estarían con ellos, mientras muchos judíos enfrentarían momentos de sufrimientos, era significativo.

Con valor, Jesús se esforzaba en modificar arraigadas concepciones de raza. Exclusivistas, los judíos se creían poseedores de las preferencias divinas, situando como despreciable las convicciones ajenas.

La intolerancia religiosa es absurda inconcebible.

Si la finalidad de la religión es conducirnos a Dios: si el Creador es el padre de todos nosotros, ¿Por qué cultivar desentendimientos en nombre de la creencia?

¡Dios no tiene preferencias!

¡Somos todos sus hijos!

Lamentablemente, el cristianismo, después de tres siglos de pureza, siguió idéntico camino, aunque Jesús lo dejase bien claro, en este pasaje, que sus discípulos vendrían de Oriente y de Occidente, esto es, serían siempre y únicamente aquellos que vivenciasen sus enseñanzas, no importando nacionalidad, raza o creencia.

Encerrando el diálogo, Jesús dijo al centurión:

- Ve, y como creíste te sea hecho.

Mateo informa:

En aquella misma tarde el siervo del centurión fue curado.

Usando de sus prodigiosos poderes, Jesús sorprendía a sus seguidores con una cura a distancia.

El episodio evoca un tema fascinante – la intercesión, la posibilidad de intervenir por alguien en sus limitaciones, dolores y dificultades.

Aparentemente contraria a la Ley de Causa y Efecto, según la cual recogemos de aquello que sembramos.

¿Si alguien está enfermo, o enfrenta problemas para rescatar deudas y evolucionar, será correcto ayudarlo?

Reflexión razonable, pero necesario no olvidar:

La justicia divina impone que cada uno reciba conforme sus obras, pero la divina misericordia determina que todos los sufrimientos sean amenizados en la hora del rescate. Aquí entra la intercesión, en que nos situamos como instrumentos de la acción misericordiosa de Dios.

Obviamente, el alcance de la intercesión también está sujeta a la Ley de Causa y Efecto.

Alguien es muy rico. Se propone ayudar a un amigo con cáncer. Moviliza los mejores recursos de la Medicina. Empleando una fortuna con sofisticados tratamientos. No obstante, la enfermedad crece inexorablemente. Meses después, el enfermo desencarna, cumpliendo un penoso rescate del pasado. A pesar de la amplia y poderosa, la intercesión poco sirvió.

Los recursos movilizados le proporcionaron bienestar, amenizaron sus dolores, pero él pasó por lo que tenía que pasar, atendiendo a las sanciones de la Ley Divina.

Invirtamos la situación.

El intercesor es pobre. Sin recursos, pero con una buena voluntad, con sacrificio económico, compra un medicamento hecho de hierbas, vendido en una ciudad distante, para el tratamiento del cáncer.

El enfermo toma el medicamento y obtiene una milagrosa cura. La ayuda ofrecida fue mínima, pero enteramente asimilada, transformándose en vehículo de su recuperación, esto porque el paciente poseía méritos que le conferían la posibilidad de la cura.

En el episodio evangélico se unen la intercesión del centurión, el merecimiento del siervo y los prodigiosos poderes de Jesús.

El amigo lector estará pensando:

¿De qué me vale el esfuerzo de ayudar a alguien, si mi ofrecimiento estará condicionado a su merecimiento?

Pero es justamente por no saber de los méritos ajenos que somos llamados a hacer lo mejor por aquellos que nos rodean. Si las circunstancias nos colocan en posición de ayudar, sea el pobre, el enfermo, el amigo, el familiar, ciertamente él fue encaminado hasta nosotros para que lo ayudemos.

Aunque imposibilitados de liberarlo del karma, aunque sea imposible quitarle la cruz, podremos, aun, algo sumamente importante:

El ejemplo.

Imposible dar a los delincuentes confinados en una prisión el beneficio que más desean – la libertad. Están pagando por sus crímenes. No obstante, podemos prepararlos para un futuro mejor, sensibilizándolos con nuestra visita, las manifestaciones de solidaridad, el convite al estudio y a la oración, el empeño por mejorar su existencia y aminorar sus padecimientos. Por más endurecido y obstinado que sea el individuo, no resistirá a la fuerza del Bien, cuando estemos dispuestos a ejercitar bondad con él.

La Justicia Divina impone un educativo rescate a aquel que se involucra con el mal. Pero el Divino Amor, que ayuda siempre, sin cuestionar los méritos, influirá decisivamente en su redención.

Considerando la posición de la Tierra desde hace dos mil años, una prisión de seguridad máxima (jamás un prisionero de aquí escapó), donde rescatamos débitos contraídos por el egoísmo, no merecíamos la presencia de Jesús. Aun así, el Maestro vino.

Vino para enseñarnos el altruismo, que transforma la prisión en bendecido hogar.

También estamos bajo la regencia de la Ley de Causa y Efecto.

No nos compete, por tanto, averiguar si el necesitado merece la ayuda que le prestamos. Conviene hacer lo mejor por él, acumulando créditos espirituales que amenicen nuestras pruebas y favorezcan un glorioso futuro para nosotros.

Los beneficios que extendemos al prójimo son una inversión de bendiciones para nosotros.

Jesús así lo destacó, al decir (Mateo, 16:27)

.... A cada uno según sus obras.

Tafofobia*Lucas, 7:11-17*

Cerca de diez kilómetros al sudeste de Nazaret, en Galilea, existe aún hoy, casi en ruinas, la ciudad de Naín. El lugar entró para la historia cristiana gracias a un prodigio realizado por Jesús.

Después del contacto con el centurión, el Maestro allí estuvo, en uno de sus acostumbrados viajes de divulgación de la Buena Nueva.

Dos grupos se cruzaron:

Uno entraba.

Traía la Vida expresándose en buen ánimo, alegría, optimismo...

Llegaba Jesús, acompañado por sus discípulos.

El otro salía.

Llevaba la muerte, marcada por la desolación y las lágrimas.

Partía el cortejo fúnebre del hijo único de una viuda. Jesús observó a la angustiada madre.

Se compadeció de ella.

- No llores.

Aseguró el ataúd, haciendo parar el cortejo.

Dirigiéndose al fallecido, le dijo:

- Joven, yo te digo: ¡Levántate!

En algunas circunstancias habrán considerado que aquel hombre se le calentó la sesera ante el sol inclemente. ¡Deliraba! ¡Pero, para la estupefacción general, el muerto se movió!

Como si despertase de un sueño profundo, se sentó en la camilla y se puso a hablar.

Imaginemos el asombro que causó. Supremo prodigio ¡resucitar a un muerto!

Entusiasmados, decían los presentes:

- Un gran profeta se levantó entre nosotros y Dios visitó su pueblo.

Nuevamente Jesús maravillaba a la multitud con sus poderes milagrosos, haciendo a alguien retornar del viaje sin vuelta, la muerte.

En la actualidad, gracias a los avances de la Medicina, tenemos con frecuencia, en los hospitales, la experiencia de casi muerte.

El que tiene un infarto sufre parada cardiaca. ¡Muere!

Los médicos atienden rápidamente. Usan modernos recursos de reanimación.

Si el corazón no está demasadamente comprometido, podrá retornar a la vida.

Algunos pacientes se reportan a significativas experiencias que vivieron durante esos dramáticos minutos.

- Se ven fuera del cuerpo, unidos a él por un cordón, no es raro fluctuando, observando la acción de los médicos.

- Viajan vertiginosamente dentro de un túnel.

- Reviven, en pocos minutos, las emociones de toda la existencia.

- Conversan con seres espirituales.

Esas experiencias son parte de mecanismos automáticos que envuelven la desencarnación, especie de preparación, tomada de conciencia del Espíritu, en el retorno a la vida espiritual. Y disparado ante la inminente muerte o cuando ella se consuma.

Si el corazón vuelve a latir, inmediatamente el paciente pierde las percepciones espirituales y despierta en el cuerpo.

Las personas que pasan por la EQM encaran la muerte con serenidad. Fueron “hasta allí”. Constataron que no es tan terrible como lo sitúa la imaginación popular.

¿Habría ocurrido un EQM en el pasaje evangélico?

Nos parece que no. Aunque no hubiese la costumbre de velar al cuerpo, que era sepultado después de la muerte, algunas horas habrían pasado desde el óbito.

Sin oxígeno, en virtud de la falencia circulatoria, las células cerebrales mueren a partir de cuatro minutos, consumándose la muerte. Es irreversible.

Admitamos que Jesús tuviese poderes para superar esa dificultad, pero es más probable que la “resurrección” del hijo de la viuda de Naín no haya sido un retorno a la vida física. Solamente un despertar.

No estaba muerto.

Se situaba en estado letargia, estado especial de adormecimiento profundo, en que la respiración, los latidos cardiacos y las pulsaciones se tornan tan sutiles que el individuo parece sin vida, hasta con la palidez y la rigidez que caracterizan a los difuntos.

Jesús simplemente lo despertó, como lo haría en otras oportunidades con la hija de Jairo, jefe de la sinagoga de Cafarnaúm y Lázaro, hermano de Marta, dos discípulas, en Betania.

El lector se preguntará:

- ¿Qué sucedería, sin la intervención de Jesús?

Simplemente el joven despertaría, antes o después de sepultarlo.

En la segunda hipótesis, no le sería agradable la experiencia...

Muchos sufren de tafofobia. El miedo de ser enterrado vivo.

Frecuentemente, cuando abordo el asunto, en conferencias sobre la muerte, hay quien pregunta:

- ¿Y si yo paso por un trance letárgico y despierto en el túmulo?

Acostumbro a responder que habrá dos consecuencias:

Una mala, y otra buena.

La mala:

- Morirás, sin duda. En pocos minutos, ahogado, “estirarás la pata”

La buena:

- No habrá gastos con el certificado de defunción, ataúd velorio, entierro...

Esa experiencia desagradable puede ser evitada recorriendo al ataúd con un dispositivo especial para personas que sufren de tafofobia. Si el supuesto difunto se mueve, despierta, dispara una alarma que frustra la indeseable segadora, avisando al sepulturero de que alguien fue enterrado por error.

Remedio más sencillo: colocar un teléfono móvil en el ataúd.

Imaginemos un breve dialogo surrealista, bien capaz de matar de susto al vivo que recibe la llamada del “muerto”.

- Diga...

- Eres fulano.

-¡¡¡!!!

- ¡Estoy vivo! ¡Ven a abrir el ataúd!

- ¡¡¡Uaaa!!!!

Son numerosos los tafófbos.

Su origen puede estar en experiencias dramáticas, ocurridas en existencias anteriores.

Enterramiento o sepultura en trance letárgico...

En épocas remotas, señores poderosos cultivaban el mal hábito de enterrar vivos a sus adversarios. No es raro los emparedaban, convirtiendo cubículos, sin puertas ni ventanas, en túmulos del horror. Mujeres condenadas a la pena capital preferían morir así, evitando la humillación de una ejecución pública, bajo el abucheo de la multitud. Tales situaciones traumatizan a la víctima, repercutiendo en vidas futuras.

Lo más frecuente es el Espíritu quedar preso al cuerpo durante algún tiempo, lo que le impone la impresión extremadamente penosa de que lo enterraron vivo. Es la obligación de personas presas a los intereses inmediatistas, a los vicios y pasiones.

Hay, también, problemas relacionados con fantasías escatológicas.

El otro día conversé con un Espíritu, en una reunión mediúmnica. Estaba contrariado, agresivo.

- ¡Vosotros no tenáis el derecho de despertarme! ¡Debería dormir hasta el juicio final!

El creyente imbuido en esa fantasía tiene dificultad para lidiar con la realidad espiritual.

Permanece alienado.

La dolorosa experiencia de ser sepultado vivo acontecía, no es raro, en epidemias y batallas. Había tantos cadáveres, que no siempre los enterradores improvisados se daban al trabajo de comprobar si el muerto murió realmente.

Hoy hay un mayor cuidado, evitando entierros indebidos, por motivos de la letargia. El médico, cuya presencia es exigida por ley para firmar el certificado de defunción, identificará fácilmente esa situación.

Usando el estetoscopio, escuchará los latidos cardiacos; examinando los ojos, verá que no hay midriasis, extremada dilatación de la pupila, caracterizando la muerte cerebral. Aparatos pueden ser usados, electroencefalógrafo y electrocardiógrafo, demostrando que el cerebro y el corazón están funcionando.

No hay, por tanto, porque cultivar la tafofobia.

Materialistas persiguen la inmortalidad física. Recuren a la criogenia, el congelamiento del cadáver, con el objetivo de la futura resurrección, promovida a partir de los avances de la Ciencia.

En los Estados Unidos hay firmas especializadas en mantener el cadáver “criogenado”, por el tiempo necesario, hasta que la Medicina descubra la cura para el mal que lo mató y como reanimarlo.

No es para cualquier difunto. Exige mucho dinero para garantizar, por tiempo indeterminado, mediante disposición testamentaria, el congelamiento.

Una empresa propone algo menos costoso, aun así, prohibitivo para difuntos de menor poder adquisitivo: la cabeza es cortada y congelada. Se cree que en un futuro la Ciencia tendrá condiciones para reanimarla y proporcionarle otro cuerpo.

¡Jamás alguien perderá dinero apostando por la ingenuidad humana!

La criogenia es un cebo.

Consumada la muerte, se inicia la separación del Espíritu. Inútil, por tanto, preservar el cuerpo.

Se habla de la criogenia en vida. En viajes espaciales, por ejemplo, el viajante en plena vitalidad permanecería congelado, por años, hasta completarse la jornada, preservando sus funciones vitales. Quedaría en esta de vida latente.

Tal vez esa fantasía se transforme en una realidad, en un futuro remoto, pero no será una buena experiencia para el Espíritu, unido a un cuerpo congelado, vida suspendida.

¡Algo como vivir en una nevera!

Mejor cuidar del otro viaje que todos haremos.

El retorno a la patria. No somos de este mundo.

Venimos de la dimensión espiritual. Retornaremos en pocas décadas. Es necesario que nos preparemos, superando el apego a las situaciones transitorias.

Amemos a los familiares, cuidemos de los negocios, estimemos confort y bienestar, preservemos la salud, pero consideremos la transitoriedad de todo eso, cultivando valores de conocimiento y virtud, que las polillas y el óxido no destruyen ni los ladrones roban, como enseña Jesús. (Mateo, 6:19)

Entonces, desaparecerán temores y dudas.

Tranquilos y con confianza en Dios, preparados para una existencia mejor, podremos repetir con el apóstol Pablo (I Corintio. 15:55):

- ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?

La duda de Juan

Lucas, 7:19-22

Mateo, 11:1-11

Después del episodio en Naín, Jesús fue buscado por emisarios de Juan Bautista, que estaba detenido (en la fortaleza de Maqueronte, al oeste del Mar Muerto, en Judea, según el historiador Flavio Josefo).

La prisión fue determinada por Herodes Antipas, príncipe judío a quien Roma delegó poderes para gobernar Galilea. Ocurrió meses antes, cuando Jesús estuvo en Jerusalén, en el inicio de su apostolado. Josefo consideró que hubo razones políticas. Herodes admiraba al profeta, pero temía su prestigio.

¿Y si promoviese una revuelta?

Según el texto evangélico, había algo más. Herodes se apasionó perdidamente por Herodías, esposa de su hermano Felipe. Abusando del poder, sin ningún escrúpulo repudió a la esposa, promovió la separación del matrimonio y desposó a la cuñada.

Contra esa unión inmoral se levantó Juan Bautista, que continuaba sus predicaciones en Judea, después de presentar a Jesús a la multitud, en un famoso episodio de bautismo, en el Río Jordán.

En varias oportunidades, refiriéndose a Juan Bautista, Jesús reveló que era Elías reencarnado. El comportamiento de ambos no deja margen de duda. Con esa misma vehemencia que el profeta censuró el comportamiento indigno de sus contemporáneos, Juan condenó la inmoralidad de la pareja.

Irritada con las acusaciones, Herodías había sido la gran responsable de su prisión y muerte, influenciando al marido. Y explotada en la literatura y en el cine la escena en que Herodes se propone atender a cualquier deseo de la hijastra, hija del primer casamiento de Herodías, después de la danza en que la joven literalmente hipnotizó al monarca con su sensualidad.

La tradición nos dice que su nombre era Salomé.

Bajo orientación de la madre, pidió la cabeza de Juan Bautista. Poco después los guardias la traían, en una bandeja, el macabro trofeo.

Toque legendario de horror:

Herodías habría clavado un alfiler en la lengua que tanto la incomodó.

La muerte de Juan Bautista remete a la Ley de Causa y Efecto.

Elías, en dado momento, mandó decapitar centenas de sacerdotes vinculados al culto de Baal, dios pagano. Fue un lamentable acto de prepotencia, por el cual pagaría ocho siglos después.

El amigo lector se preguntará:

¿Funciona la Ley de Causa y Efecto con tamaño rigor, recordando la pena de talión de la justicia mosaica, ojo por ojo, diente por diente?

Depende de nuestro comportamiento.

Apuntado por Jesús como el mayor de entre los hijos de mujer, en su tiempo, aludiendo a su carácter integro, Juan no era un Espíritu de elevada jerarquía, tanto que el Maestro añade que sería el menor en el reino de los cielos. (Mateo, 11:11)

Le faltó el ejercicio de virtudes evangélicas como la prudencia, la comprensión, la tolerancia, que habrían de suavizar su karma.

Intransigente, siempre preparado para condenar las debilidades humanas, se involucró en un asunto que no le competía.

Acabó preso y decapitado.

Los discípulos de Bautista hicieron una insólita pregunta:

- Venimos de parte de Juan. ¿Él desea saber si eres aquel que tiene que venir, o debemos de esperar a otro?

La duda del precursor es sorprendente. Él mismo presentó a Jesús, en los márgenes del Río Jordán, como el mensajero divino.

Presenció un notable fenómeno mediúmnic, tomado a cuenta de manifestación del Espíritu Santo, cuando una paloma descendió sobre Jesús, mientras una voz fluía de los cielos. (Mateo 3:17):

- Este es mi Hijo amado, en el cual tengo contentamiento.

Podemos entender esa contradicción. Basta observar las predicas del precursor, dirigiéndose a fariseos y saduceos (Mateo, 3:7-10):

- Generación de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que vendrá? Haced pues frutos dignos de arrepentimiento, y no penséis decir dentro de vosotros: a Abraham tenemos por padre; porque yo os digo, que puede Dios despertar hijos a Abraham aun de estas piedras. Ahora, ya también el hacha está puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no hace buen fruto, es cortado y echado en el fuego.

Estaba imbuido por el espíritu de la raza. Esperaba a alguien que liberase al pueblo judío, conduciéndolo a su gloriosa destinación. Un gran guerrero, que reuniría a las tribus de

Israel y expulsaría al dominador romano. Sería un nuevo Moisés, capaz de actuar con brazo fuerte, imponiendo sus principios, castigando a los malos y recompensando a los buenos.

El comportamiento de Jesús, su dulzura y humildad, la convivencia con pecadores y publicanos, todo eso le habría chocado al hijo de Zacarías. No consiguió superar las limitaciones de su tiempo. No entendió que la misión de Jesús transcendía a las arraigadas ambiciones de Israel.

¡Era el mensajero divino!

Su revelación sobrepasaba los límites de un pueblo o época.

Tenía carácter universal y eterno.

Inauguraba un estilo nuevo de vida.

Promovía la iniciación humana en los dominios del Amor, que se manifiesta en el acto de servir, derrumbando las barreras de nacionalidad, raza y creencia, para establecer el reinado de la fraternidad legítima en la Tierra. Para tan grandiosa realización no podía dividir a los hombres en buenos y malos, como pretendía Juan, y proclamar:

- Este para el Reino; aquel para el fuego.

Por eso, convivía con toda la gente y toleraba, infinitamente, las imperfecciones de aquellos que lo rodeaban, no cansándose de enseñar y ayudar, amparar y socorrer.

Respondiendo de forma objetiva a las dudas de Juan, Jesús curó a muchos de enfermedades y males y Espíritus malignos, y dio vista a muchos ciegos.

Después mandó un recado:

- Id y anunciad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son purificados, los sordos oyen, los muertos son resucitados y a los pobres es anunciado el Evangelio.

El mensaje de Jesús era muy avanzado, incluso para el precursor; tan avanzado que aún no lo asimilamos debidamente. Estamos más cerca de las dudas de Bautista.

Si poseemos alguna sensibilidad, nos sentimos entusiasmados con la sublimidad del Evangelio. Nos impregnamos de bendecidos ideales. Deseamos ardientemente seguir los pasos de Jesús. Soñamos con edificar el Reino Divino en nuestros corazones.

Todavía, somos frágiles.

Cuando surgen el dolor y la dificultad; cuando el camino se torna pedregoso y árido: cuando llega la noche de las pruebas; cuando cae la tormenta de las expiaciones; cuando la Ley Divina impone sus sanciones depuradoras, dudamos...

Entonces, la irritación, el descontrol, la perturbación, el desánimo son mensajeros de nuestra inmadurez, de la creencia superficial que se deshace, como si dudásemos, en las profundidades de nuestra alma:

- ¿Es Jesús nuestro guía, o debemos esperar a otro?

El perdón de los pecados

Lucas. 7:36-50

Simão, derivado de simio en portugués, acostumbra ser asociado a macaco.

En la antigua Palestina tenía un significado más noble:

Alguien que se hace oír por Dios.

Varios personajes evangélicos tienen ese nombre respetable.

- Pedro y el Zelote, miembros del colegio apostólico...
- Un hermano de Jesús...
- Un leproso curado...
- El padre de Judas Iscariote...
- El Cireneo que ayudó a Jesús a cargar la cruz...

Otros aparecen en Hechos de los Apóstoles.

Lucas nos habla de Simón, de la casta de los fariseos que, en Cafarnaúm, convidó a Jesús a comer en su casa.

A pesar de la hostilidad creciente de prominentes miembros de la secta farisaica que lo contestaban, el Maestro aceptó, ejemplificando buena voluntad.

Según una antigua costumbre romana, imitado por los judíos, en ocasiones de ceremonia se usaba el triclinio, conjunto de tres o más divanes, donde los convidados se recostaban, confortablemente, servidos por los criados.

La cena iba en curso, cuando una bella mujer entró en el recinto. Traía un recipiente de alabastro, piedra calcaría semejante al mármol conteniendo perfume.

Arrodillándose, se puso a lavar los pies de Jesús.

Tan intensa era su emoción que los mojó con las propias lágrimas. Después los secó con sus cabellos largos y sedosos, poniéndose a besarlos y untándolos de perfume.

Algo inusitado, sin duda. ¡Chocante! No obstante, normal en la vida judaica de aquel tiempo.

Personalidades ilustres eran homenajeados así, con manifestaciones de humildad y sumisión. En la última cena, cuando dio las últimas instrucciones, Jesús lavó los pies de los discípulos.

Invirtió las posiciones, a fin de ofrecer la lección inolvidable:

La verdadera grandeza, habilitándonos a los páramos celestiales, se expresa en la disposición de servir. Allí, el mayor es aquel que más sirve, dispuesto a sacrificarse a favor del bien común.

Simón, el astuto hospedero, la conocía y permitió su ingreso en el recinto, tanto que consideró para sí mismo:

- Si este hombre fuese profeta sabría quién es esta mujer. Se trata de una pecadora.

El hecho de haber permitido que la “mujer de vida fácil” entrase en su casa, evidencia que estaba malintencionado. Pretendía probar a Jesús.

Los grandes profetas de la raza, austeros y dotados de sensibilidad, fácilmente identificarían a la visitante. Jamás permitirían que los tocara, atendiendo a las rígidas costumbres judaicas. El contacto con prostitutas convertía al hombre en impuro, algo que les sería inconcebible.

El dueño de la casa saboreaba su triunfo.

¡Desenmascararía a aquel falso profeta!

He aquí, pues, que el visitante se volvió para él:

- Simón, una cosa tengo que decirte.

- Habla, Maestro...

- Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, soltó la deuda a ambos. Di, pues, ¿cuál de éstos le amará más?

El denario, moneda romana, equivalía a un día de trabajo.

Y respondiendo Simón, dijo:

- Pienso que aquel al cual soltó más...

Y él le dijo:

- Rectamente has juzgado.

Y vuelto a la mujer, dijo a Simón:

- ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no diste agua para mis pies; y ésta ha regado mis pies con lágrimas, y los ha limpiado con los cabellos de su cabeza. No me diste beso, y ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con óleo; y ésta ha ungido con unguento mis pies. Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero al que se perdona poco, poco ama.

Y a ella dijo:

- Los pecados te son perdonados. Tu fe te salvó. ¡Ve en paz!

Los que estaban en la mesa comentaban, perplejos:

- ¿Quién es este que hasta perdona pecados?

Como siempre, Jesús sorprendió al malicioso opositor con comentarios inteligentes, resaltando la inolvidable enseñanza:

La fuerza redentora del amor.

En Dios, el amor en plenitud.

Se evidencia en los cuidados divinos.

El Padre no quiere perder a ninguno de sus hijos, enseña Jesús. Por eso, jamás nos margina. En vez de aniquilarnos como la hierba dañina, cuando nos comprometemos con el mal, nos concede la bendición de experiencias que nos redimen. Por eso, cuando reconocemos nuestros desvíos, tanto mayor debe ser nuestra gratitud y el empeño por corresponder a sus expectativas, cuando mayor el abismo en que nos hayamos sumergido.

Legítimo representante de la bondad celeste, Jesús convive sin problemas con el fariseo, comprometido con la hipocresía, y con la mujer, comprometida con la prostitución.

El amor jamás discrimina.

Pero, si Dios, el amor perfecto, perdona siempre nuestros deslices, una jueza incorruptible, la conciencia, exige la reparación del mal practicado, imponiéndonos dolores y angustias que guardan relación con nuestros desvíos. Recogemos el mal que sembramos...

Bebemos la hiel que dimos...

No obstante, femenina en esencia, la conciencia tiene sus dulzuras y nos proporciona bendecida alternativa:

El ejercicio del amor, expresándose en la disposición de servir.

Fue exactamente lo que hizo la mujer que buscó a Jesús. En aquel momento no era la pecadora quien allí estaba, sino la sierva amorosa, dispuesta a homenajear a aquel mensajero celeste que le enseñaba una vida diferente.

Hay otro aspecto importante.

Fácil de decir:

- ¡Jesús es mi Maestro!

La dificultad está en ser su discípulo.

Podemos, como el fariseo, ostentar unión con Jesús, entronizando en nuestra casa imágenes y estampas, participando de ritos y rezos, caracterizando su presencia en nuestras vidas.

Mera superficialidad.

El discípulo autentico cuida de iniciativas más consistentes:

Busca al maestro en su corazón, consciente de sus miserias morales, sustentando arrepentimiento autentico y firme disposición de renovarse a la luz de sus enseñanzas.

Entonces así, estará habilitado para el ejercicio esencial:

¡El amor que redime!

La presencia femenina

Lucas, 8:1-3

Dando secuencia a la divulgación de la Buena Nueva, Jesús viajaba bastante. Prolongaba sus actividades por las ciudades de Galilea.

Estaba cada vez menos en Cafarnaúm. Más allá de los apóstoles, otros aprendices lo acompañaban.

Había, aun, un importante grupo que, frente de las propias tradiciones judaicas, no aparece con destaque en los Evangelios:

Las mujeres.

La participación femenina contrariaba las costumbres de la época.

Anonimato y la subordinación les eran impuestos. Algunas de esas colaboradoras, según Lucas Habían sido curadas de Espíritus malignos y de enfermedades. Poseían, sin duda, facultades mediúmnicas.

No sabiendo lidiar con la propia sensibilidad, eran influenciadas por entidades perturbadas y perturbadoras.

Jesús no solo las liberaba sino también las enseñaba el recurso mayor para que se conservasen saludables, física y psíquicamente:

Servir a la causa evangélica.

Quien lo hace con dedicación y perseverancia, sustenta el patrón vibratorio elevado, inaccesible a las sombras.

Lucas cita tres mujeres, participantes del grupo:

- María de Magdala (Magdalena)

Magdala es el nombre de una pequeña ciudad de donde vino, usado como apellido para distinguirla de las otras Marías que aparecen en la narrativa evangélica. Sufrió la influencia de los Espíritus impuros, apartados por Jesús.

Dijo Lucas, textualmente, que:

.... De ella salieron siete demonios.

Según las creencias antiguas, demonios eran entidades que dominaban los destinos humanos, individual y colectivamente. Para los judíos eran las almas de los muertos, cuando se comprometían con el mal. En la Edad Media se adoptó la idea de que eran ángeles rebelados contra Dios, que pretendían imponer su dominio sobre los hombres.

Hay una equivocación en la información de que los demonios salían de ella. Sería, sin duda, problemático imaginar tantos Espíritus instalados en el cuerpo de alguien, como invasores de una residencia. Incluso en la llamada subyugación, en que hay un dominio completo, los obsesores no substituyen al obsediado en la maquina física, ni cohabitan con él. Solo imponen su voluntad, induciéndolo a hacer lo que no desea hacer.

Tantos Espíritus juntos pasan la idea de un equipo organizado para atormentarla, probablemente ejercitando venganza.

La joven de Magdala ha sido presentada como un símbolo de prostituta arrepentida, que se encantó con las enseñanzas de Jesús y modificó los rumbos de su vida, tornándose una discípula activa.

¿Sera eso?

No hay ninguna referencia a su supuesta involucración con la prostitución. Esa interpretación equivocada se inspira en el hecho de Lucas presentando después el episodio de la pecadora que ungió los pies de Jesús.

Analizando el texto evangélico, tenemos una única certeza:

María de Magdala fue curada de una obsesión.

La sitúa como mundana convertida es ejercicio de imaginación.

- Juana.

Esposa de Cuza, procurador de Herodes.

Según Humberto de Campos, en el libro Buena Nueva, psicografía de Chico Xavier, fue ardorosa discípula de Jesús, de quien recibió sabios consejos para lidiar con su marido, hombre rico, involucrado con enredos políticos y vida desordenada.

Después de su muerte, Juana se dedicó a las labores evangélicas y habría sido martirizada en el circo romano, en un glorioso testimonio de sus convicciones.

- Susana

Nada sabemos de ella.

Lucas se limita a nombrar su nombre.

El evangelista observa que había más mujeres, sin citarlas nominalmente. Solo revela que eran muchas y que colaboraran financieramente.

Se destacan, aun, en los Evangelios:

- María, esposa de Alfeo

Madre del apóstol Santiago Menor.

- María de Betania.

Hermana de Marta y Lázaro, este es el célebre “resucitado”.

- Salomé

Esposa de Zebedeo, madre de Santiago Mayor y Juan.

Hay varios pasajes evangélicos en que Jesús libera a hombres de Espíritus obsesores. No vemos los beneficiarios de esas curas participando del movimiento.

Entre las mujeres, había innúmeras. Ese fenómeno es común. Está presente en todas las religiones.

En el Centro Espirita es más expresivo el grupo de mujeres que frecuentan las reuniones y participan de sus actividades.

Un amigo, machista incorregible, explica:

- Cuestión de necesidad. La mujer es más carente, más frágil, espiritualmente.

Opinión distanciada de la realidad. El alma femenina es más sensible a los valores espirituales, más dispuesta a los testimonios de la fe. El hombre tiende al materialismo, a la preocupación con los negocios. Se involucra tanto que no encuentra tiempo ni disposición para reflexiones que trasciendan a los intereses inmediatistas.

Un detalle significativo:

Varias mujeres acompañaron el viacrucis de Jesús. Los hombres, con excepción de Juan, estaban lejos... Temían represalias.

Tanto como Simón, hay varias Marías en el Evangelio.

En el monte Calvario, acompañando a Jesús, había tres:

- su madre.

- la joven de Magdala.

- la madre de Santiago Menor.

María, que significa señora, es el nombre más común en los países cristianos, homenaje a las homónimas que aparecen en la vida de Jesús, particularmente su madre.

Tiene una dulce musicalidad...

Está impregnado de suave magnetismo...

Vibra dulce y tierno, como una caricia en nuestros oídos...

Inspira composiciones poéticas...

Es un repositorio de consolación para los sufridores...

Significativamente, empieza en la eme que todos tenemos en la palma de la mano...

Obsérvalo, amigo lector.

**Es el perenne homenaje de los Cielos a María de Nazaret, consagrada,
meritoriamente, madre espiritual de la Humanidad.**

Las parábolas

Mateo, 13:1-23

Marcos, 4:1-20

Lucas, 8:4-15

En cierto momento estuve en una ciudad del interior minero.

Jornada de conferencias espiritas.

Después de la reunión, una señora comentó que yo pasé por allí, hace cerca de quince años antes.

Quedé en duda.

- Creo que no...

Y ella:

- Recuerdo hasta la historia que nos contó, del Libro Los Miserables, de un hombre preso por el robo de panes, y como fue librado de volver a la prisión, gracias a la ayuda de un generoso obispo.

Tenía razón.

Olvidé los detalles, pero guardó la narrativa que lo resumía. Las historias constituyen un notable recurso didáctico. Ponen atención y establecen una asociación con lo cotidiano de las personas. A partir de ahí, se graban, indeleblemente.

Profesor por excelencia, Jesús conocía el poder de las historias. Pasó a usarlas a partir de un determinado momento, cuando comenzaron a formarse multitudes para escucharlo. Impracticable, en esos contactos, mantener diálogos, responder preguntas, ofrecer explicaciones detalladas...

Más práctico contar historias. Quedarían conocidas como “parábolas” enfocando lo cotidiano judío, particularmente en el campo.

Fueron decenas, algunas breves, otras más largas, siempre encerrando enseñanzas.

En una pausa en sus viajes, Jesús se colocaba junto al lago de Genesaret, en las cercanías de Cafarnaúm. Peregrinos llegaban, formando multitudes.

Pocos guardaban meditaciones superiores...

Pocos buscaban el aprendizaje y la perfección moral....

Motivaciones variadas:

Enfermedad, problemas, dificultades...

Invariables objetivos:

Favores, beneficios, facilidades...

Fue pensando en eso, tal vez, que Jesús contó la primera parábola:

He aquí el que sembraba salió a sembrar. Y sembrando, parte de la simiente cayó junto al camino; y vinieron las aves, y la comieron. Y parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra; y nació luego, porque no tenía profundidad de tierra; pero saliendo el sol, se quemó; y se secó, porque no tenía raíz. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Y parte cayó en buena tierra, y dio fruto: uno a ciento, y otro a sesenta, y otro a treinta. Quien tiene oídos para oír, oiga...

La palabra del Reino está contenida en el Evangelio. Y la siembra hecha por el predicador protestante, el sacerdote católico, el expositor espiritista, con mensajes inspirados en los principios que profesan, pero identificadas todas en la llamada a la vivencia cristiana.

A los discípulos intérpretes de su palabra, explicó Jesús:

Cuando alguien escucha la palabra del Reino y no la entiende, viene el maligno y le arrebató lo que fue sembrado en su corazón; esto es lo que fue sembrado junto al camino.

Suelo al margen - los que no asimilan el mensaje cristiano.

¿Por qué?

¿Falta de cultura? ¿Dificultad de raciocinio?

¡Negativo!

Ella es de una claridad cristalina y puede ser sintetizada en pocas palabras:

Debemos vivir con sencillez, amando a Dios en el semejante, consciente de que las bendiciones que le ofrecemos resultarán, invariablemente, en nuestro propio beneficio.

¡¡¡Muy fácil!!!

El problema es que las personas no están interesadas en asumir compromisos, cambiar actitudes, simplificar la existencia.

Esperan:

El Jesús que cura...

El Jesús que resuelve...

El Jesús que consuela...

El Jesús que favorece...

Raros han escuchado para el Jesús que nos convoca al cambio de rumbo, buscando la propia renovación.

Si no nos sensibilizamos: si no nos disponemos a seguir su orientación, es como si las semillas cayesen al margen del corazón.

Son fácilmente consumidas por el maligno, las malas tendencias que existen en nosotros.

El que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y luego la recibe con gozo. Pero no tiene raíz en sí, antes es temporal; que venida la aflicción o la persecución por la Palabra, luego se ofende.

Suelo pedregoso – los que se entusiasman con las promesas del Evangelio y formulan ardientes votos de una vida pautada en las virtudes cristianas. Con todo, frágil es su creencia, precariamente fijada en raíces de superficialidad.

Divisan en la pura unión el toque mágico, capaz de transportarlos para el cielo de la inmerecida beatitud, sin mayores esfuerzos. Sus buenas disposiciones duran poco.

Tan pronto como enfrentan testimonios envolviendo los problemas de la Tierra, se desaniman.

Y el que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la Palabra; pero la congoja de este siglo y el engaño de las riquezas, ahogan la Palabra, y se hace infructuosa.

Suelo espinoso – los que aceptan el mensaje y se benefician de sus luces.

No obstante, convidados a participar del Evangelio, con el esfuerzo del Bien, dedicando algo de su tiempo y de sus recursos al prójimo, dudan.

Quedan indecisos entre los intereses del mundo y los ideales del Cristo, absolutamente incompatibles.

Inadmisibles el cristiano:

- * Perjudicar a alguien.
- * Apegarse a las ambiciones.
- * Mantener vicios.
- * Ignorar las miserias ajenas.
- * Vivir en función de ocios.
- * No ejercitar la fraternidad.

Jesús los convida para las realizaciones del Cielo.

Se aferran a los intereses de la Tierra.

Lo que fue sembrado en buena tierra, éste es el que oye y entiende la Palabra, y el que lleva el fruto; y produce uno a ciento, y otro a sesenta, y otro a treinta por uno.

Suelo fértil – los que despiertan para los objetivos de la existencia.

Sienten que hay algo que hacer, que trasciende de las limitaciones humanas. Están dispuestos a superar la indiferencia que caracteriza el hombre común.

Esclarecidos y conscientes, se esfuerzan en combatir sus limitaciones y producen frutos abundantes de trabajo y dedicación al Bien.

Contribuyen decisivamente para la edificación de un mundo mejor.

La Doctrina Espirita nos ofrece una gloriosa visión del Evangelio, situándolo como el supremo mensaje de renovación para la Humanidad y el amoroso convite de Dios para que cumplamos sus designios sabios y justos, habilitándonos a la felicidad.

Oportuno, por eso, preguntar, con frecuencia, a nosotros mismos:

¿En los campos del corazón, en que suelo están cayendo las semillas de Jesús?

Parentela*Mateo, 12:46-50**Marcos, 3:31 -35**Lucas, 8:19-21*

La multitud se comprimía en torno a Jesús, bebiendo de sus lecciones.

Alguien informó que su madre y sus hermanos lo buscaban.

¡¿Hermanos?!

Es lo que evidencia el texto evangélico. Marcos (6:3) los cita nominalmente:

Santiago, José, Judas y Simón.

Y revela que también tenía hermanas.

En la Edad Media prosperó la idea de que el Mesías fue concebido por el “espíritu santo”

María se habría conservado virgen.

¿Cómo explicar la hermandad?

Dos hipótesis fueron desarrolladas:

- Eran hijos de un matrimonio anterior de José.
- Eran primos en primer grado de Jesús, tomados a cuenta como hermanos por supuesta tradición.

Meras especulaciones.

Lucas (2:7) destaca que Jesús fue el primogénito (hijo, más mayor), no el unigénito (Único hijo)

María tuvo una familia numerosa, como era propio de la época, lo que apenas se destaca.

La maternidad es la más noble vocación femenina.

Sugieren los textos cierta resistencia de los hermanos de Jesús a sus ideas. Probablemente se hayan unido posteriormente.

Dos de ellos, Judas Tadeo y Santiago, tienen nombre de miembros del colegio apostólico. Serían, tal vez, los mismos...

Al escuchar que su madre y hermanos lo buscaban, preguntó Jesús:

- ¿Quién es mi madre y quien son mis hermanos?

Y señalando a los discípulos:

- ¡He ahí mi madre y mis hermanos! Pues quien cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, hermana y madre.

¡Extraña reacción!

Una desconsideración con la familia, particularmente la dulce madre, por quien siempre demostró solicitud.

Su primera aparición en la vida pública, en las bodas de Caná, se dio al lado de María. Su última preocupación, en la cruz, fue con María, que la confió a los cuidados del apóstol Juan. ¿Por qué, entonces, esa contradicción?

Podemos resolver el asunto considerando dos factores:

El texto y el contexto.

- Texto – relato del episodio.

- Contexto – circunstancias que lo caracterizan.

Imaginemos que Jesús hablaba sobre los valores de la fraternidad, exaltando la familia universal.

Somos todos hijos de Dios.

Al oír que su madre y sus hermanos lo buscaban, aprovechó la oportunidad para ilustrar la enseñanza, proclamando que encima de la consanguinidad, debemos considerar nuestra filiación divina. Hay deberes que precisan ser cumplidos, inherentes a esa condición.

Los evangelistas se limitaron a registrar la observación de Jesús. Por eso ella repercute, en oídos menos avisados, como una impertinencia. Así se repite en varios pasajes evangélicos.

Experimentamos alguna dificultad para comprender el pensamiento de Jesús, porque tenemos solamente registros precarios, sin que conozcamos las circunstancias que proporcionaron la lección y las explicaciones posteriores.

Falta el contexto.

Conforme destaca Allan Kardec, en “El Evangelio según el Espiritismo”, las observaciones de Jesús sugieren que hay dos parentelas: carnal y espiritual.

• Parentela carnal.

Espíritus unidos por la sangre, envolviendo padres e hijos, hermanos y hermanas...

Viviendo juntos debajo del mismo techo, están separados, no es raro, por la diferencia de aptitudes, tendencias, nivel evolutivo...

Las uniones por la carne pueden ser difíciles, marcadas por interminables roces. Involucran personas que siguen juntas, pero con desavenencias en cuanto a la dirección y a la manera de caminar.

Si no consiguen ajustarse, ejercitando entendimiento, transforman el hogar en un palco de melodramas patéticos, donde se hacen presentes la frustración, la traición, la agresión, la deserción.

- Parentela espiritual.

Espíritus de larga convivencia anterior.

Guardan afinidades.

Miran en la misma dirección.

Transitan por los mismos caminos.

Sueñan las mismas realizaciones.

Conviven pacíficamente, se apoyan mutuamente, lo que les permite enfrentar con seguridad los desafíos de la existencia.

Las uniones generadas por la sangre pueden romperse con la muerte. Las uniones sustentadas por la afinidad se extienden más allá del túmulo.

Espíritus afines forman familias ajustadas y felices, estrechando lazos de cariño y solicitud. Eventualmente, pueden no reencarnar juntos. Indeleblemente, permanecen unidos por el corazón. Todos tenemos protectores espirituales, los llamados ángeles de la guarda, que nos inspiran y ayudan.

¿Quiénes son?

Facilísimo de definir:

¿Quién mejor que un miembro cualificado de la familia espiritual para desempeñar semejante tarea? ¿Quién lo haría con mayor dedicación y eficiencia?

Ante tales consideraciones, imagino algunas reacciones:

La esposa:

- Ahora sé porque es tan difícil convivir con aquella bestia que se titula mi marido. Es un adversario del pasado que debo soportar para verme libre de él en el futuro, más allá del túmulo.

El marido:

- Felizmente aquella arpía que se hizo madre de mis hijos se vincula solamente a la familia humana. No tendré preocupaciones cuando el diablo se la lleve...

El hijo:

- ¡La cigüeña me dejó en la puerta equivocada! No veo ninguna unión con mis padres. ¡Son unos limitados! Solo me aburren... ¡En cuanto pueda, me voy! ¡Quiero alejarme! ...

Lamentables equívocos.

La convivencia con la parentela carnal no es un mero test de tolerancia. La finalidad mayor es la armonización, estableciendo uniones de simpatía y afecto, aunque seamos diferentes. Si solo toleramos a aquel que está a nuestro lado, guardando resentimientos y amarguras, perdemos el tiempo y sembramos problemas para el futuro.

Detalles que considerar:

- Conviviendo con la familia espiritual, habrá dificultades si permitimos que el egoísmo oriente nuestras acciones.

Cuando pensamos mucho en nosotros, hay inevitable desgaste en las mejores uniones afectivas, comprometiéndolas.

- Conviviendo con parentela carnal, sin historia en el pasado, podemos estrechar lazos y ampliar la familia espiritual.

El adversario de hoy podrá ser el compañero querido del mañana. Es para eso que estamos juntos.

Depende de nosotros

En el libro “Nuestro hogar”, psicografía de Francisco Cándido Xavier, André Luiz, escuchó, sorprendido, su madre decir que reencarnaría para ser nuevamente esposa de su padre. El padre se encontraba en una lamentable situación espiritual, involucrado con dos entidades femeninas de las cuales se unió cuando estaba encarnado.

Las infelices, que la maledicencia humana situaría como despreciables adversarias, serian sus hijas, permitiendo valiosas experiencias de trabajo y renovación.

Y añade, emocionada:

- Y más tarde... ¿quién sabe? Tal vez regrese a “Nuestro hogar”, rodeada de otros afectos sacrosantos para una gran festividad de alegría, amor y unión...

La madre de André Luiz, Espíritu iluminado, estaría simplemente ampliando la familia espiritual, gracias a su generoso corazón.

Una representante perfecta de la familia de Jesús.

Todos querríamos alcanzar ese nivel. Para tanto, según Jesús, es preciso cumplir la voluntad de Dios. Algo complejo...

Saber lo que Dios espera de nosotros...

Es tema de una existencia para los filósofos. Y desafío de muchas bibliotecas para los exegetas. Aquí entra la incomparable sabiduría del Maestro.

En un breve enunciado, al alcance de todas las inteligencias, explica que cumplir la voluntad de Dios es hacer por el semejante todo el bien que deseamos para nosotros.

¿Simple, no es así?

Simple y eficiente, principalmente en el hogar.

Cuando alguien se torna hermano de Jesús la familia humana es invariablemente beneficiada. Nadie consigue quedar indiferente a ejemplos diarios de abnegación y sacrificio, comprensión y renuncia, bondad y discernimiento, de que somos capaces, a partir del momento en que nos disponemos a pensar en el otro.

Cuando, observando el Evangelio y cultivando la fraternidad, dejamos de ver en lo familiar la bestia, la arpía, el limitado, se operan prodigios de entendimiento, proporcionando gloriosa realización:

Promover la familia humana, convirtiéndola en bendecida familia espiritual.

Ante la tempestad

Mateo, 8:23-27
Marcos, 4:35-41
Lucas, 8:22-25

La tarde caía.

Jesús decidió atravesar el lago de Genesaret con los discípulos, una pausa en las labores de atendimiento a la multitud.

Buscando reposar, se recostó en la popa, mientras el barco navegaba las aguas serenas del gran lago. Súbitamente, como ocurre con frecuencia en aquella región, el viento sopló fuerte, levantando olas amenazadoras.

Jesús dormía, tranquilo.

Los discípulos, no. Estaban aprensivos.

El barco se movía mucho, parecía que iba a volcar. A distancia de la playa, ¡corrían serio riesgo! Y porque la situación iba a peor, trataron de despertar a Jesús:

- ¡Sálvanos, Señor, que perecemos!

Mirando con la tranquilidad de siempre, Jesús respondió:

- ¿Por qué teméis, hombres de poca fe?

Entonces se levantó, ordenó al viento que parase de soplar y al mar que se calmase. Inmediatamente la Naturaleza le obedeció.

El viento se hizo una brisa suave...

Las olas se redujeron a leves ondulaciones que besaban la embarcación.

Los discípulos quedaron asombrados.

- ¿Quién es ese que hasta los vientos y el mar le obedecen?

El episodio ofrece un destacado ejemplo de los poderes de Jesús. Hay quien minimice el efecto notable, afirmando que el fenómeno es frecuente en la región, consecuente de la canalización de corrientes de aire entre las montañas que rodean el lago.

El viento viene y va, sopla fuerte y fugaz.

Esa tesis tiene un problema:

La sincronización entre el pedido de socorro de los discípulos y la supuesta interferencia de Jesús, en el exacto momento en que la tempestad debería cesar. Extremadamente complicado.

Más allá de eso, implicaría admitir un acto de prestidigitación que lo situaría como un mero mago, ejercitando un sofisticado truco.

Hay una explicación más razonable:

Prepuesto de Dios, que presidió la formación de la Tierra y la gobierna, Jesús tenía poderes para interferir en la Naturaleza.

Las acciones del Maestro anticipaban el futuro de la Humanidad.

Cuando asimile plenamente los valores espirituales ejemplificados por Jesús; cuando cumpla las leyes divinas, superando sus defectos el Hombre tendrá poderes que lo habilitaran a controlar los elementos. Tendremos inviernos más agradables, lluvias menos torrenciales, sequías menos devastadoras, favoreciendo la bonanza.

Siempre oportuno recordar su afirmación (Juan, 14:12):

- En verdad, en verdad os digo que aquel que cree en mí también hará las obras que yo hago.

El episodio en el lago de Genesaret tiene un notable contenido simbólico.

Podemos situar la jornada terrestre como un largo viaje por mares desconocidos. A veces, el océano es bello y calmado.

Seguimos saludables y bien dispuestos...

Finanzas en orden...

Estabilidad en el empleo...

Familia en paz...

Nos sentimos ajustados y felices...

De repente, soplan los vientos. Se levantan olas que nos amenazan.

Una enfermedad inspira cuidados...

Somos despedidos del empleo...

Estalla la crisis familiar...

Parte un ente querido...

No es raro que experimentamos dificultades para lidiar con esas situaciones.

Va el valor...

Llega el pesimismo....

Nace el miedo....

Fallece la esperanza...

Se manifiesta la perturbación, el desencanto, la revuelta, la rebeldía...

En casos extremos, hay quien cae para el alcohol, las drogas, la locura, y hasta el suicidio, esa falsa puerta de huida que solo nos precipita al sufrimiento mil veces peor.

¿Por qué?

Falta de fe.

Podemos definirla como la confianza plena en alguien o en alguna cosa. Esa brújula, la seguridad, el apoyo para todas las situaciones.

Quien la conquistó nunca se pierde en los balanceos de la Vida, cuando sopla el viento de la adversidad.

Generalmente nos engañamos al respecto de la fe. Creemos tenerla.

Nuestro comportamiento sugiere lo contrario.

Larga sequía atormentaba a la población, en un lugar pequeño del Nordeste.

Cuando la situación se volvió intolerable, un grupo de fieles buscó al padre, en la iglesia, proponiendo oraciones colectivas.

El sacerdote les preguntó:

- ¿Ustedes tienen fe?
- ¡Tenemos!
- ¿Creen que Dios escuchará nuestras oraciones?
- ¡Creemos!
- ¿Guardan la convicción de que va a caer la lluvia en pocos momentos, torrencialmente?
- ¡Si, padre!
- ¿Entonces, porque no trajeron los paraguas?

El Evangelio de Mateo termina con la divina promesa (28:20):

- Estaré con vosotros hasta el fin de los siglos.

Es preciso considerar estas palabras. Jesús informa que permanecerá con sus seguidores para siempre. ¡Estupendo! A su lado la jornada es más fácil y segura.

Con Jesús no hay problema insoluble, dificultad insuperable, dolor insoportable, desafío invencible...

Con él no nos asustan las tormentas de la existencia, ni tememos los vientos de la adversidad.

¡Contar con Jesús es nuestro gran triunfo en todas las situaciones!

Consideremos pues, que el evangelista se reporta a los seguidores de Jesús. Seguidor, como sabemos, es aquel que sigue a alguien, que observa sus orientaciones e imita los ejemplos.

Según las recomendaciones de Jesús, debemos amarnos unos a los otros, renunciar a los intereses personales, perdonar las ofensas, eliminar los vicios, vencer la indiferencia, superar el egoísmo, disponiéndonos a consolar a los afligidos, medicar enfermos, alimentar hambrientos...

¡Si haces todo esto, amigo lector, felicidades!

¡La paz y la serenidad, la alegría y el bienestar ciertamente son las marcas de tus días!

¡Eres un seguidor de Jesús!

La muerte de los puercos

Mateo 8:28-35

Marcos 5:1-20

Lucas 8:26-39

Jesús y los compañeros alcanzaron en barco el territorio de Gerasa, ciudad de origen griego que era parte de Palestina, conforme la división administrativa establecida por Roma.

Al desembarcar, la sorpresa:

Vino al encuentro del grupo un hombre desnudo, escuálido, cabellos desaliñados, extremadamente agitado.

Vivía en un cementerio, en las cercanías. Dormía en las tumbas.

Día y noche, gritaba por los campos y montes, agrediendo e hiriendo con piedras.

Era fuerte y amenazador. A veces rompía grilletes y cadenas con los cuales lo prendían.

Nadie conseguía dominarlo.

El pueblo le tenía miedo. Por eso vivía por allí, aislado.

Cuando llegó cerca, Jesús percibió que su problema era de orden espiritual, habiendo la influencia de Espíritus.

Y ordenó:

- Espíritu impuro, sal de este hombre.

Hablando por intermedio de su víctima, la entidad gritó:

- ¿Qué tenemos contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a molestarnos antes de tiempo?

Impresionante la influencia que Jesús ejercía sobre los perseguidores espirituales. Sentían su grandeza moral, su poder, y luego se tranquilizaban, sometidos a sus órdenes.

- ¿Cuál es tu nombre? – preguntó Jesús.

- Legión es mi nombre, porque somos muchos.

División militar romana, la legión se componía de seis mil soldados.

Es una exageración imaginar que tantos Espíritus estuviesen perturbando a aquel hombre. Pero eran muchos, conforme la entidad informa. No estarían todos directamente involucrados, pero permanecían en el cementerio, absorbiendo resquicios de vitalidad de los cadáveres.

Aunque fantasmiosa, la leyenda de los vampiros, que se alimentan de sangre humana, expresa algo de real.

Hay vampiros de energías.

Espíritus presos a las sensaciones humana, ávidos de las emanaciones de los seres vivos, absorben a sus víctimas.

Desvitalizan sus cuerpos, desajustan su psiquismo y dominan su voluntad.

Enfermedades mentales, en que el paciente queda fuera de sí y acaba en el hospital psiquiátrico, pueden nacer de esa influencia.

En las proximidades pastaba una gran piara de cerdos. Según Marcos, que le gustaba dar números, serían dos mil.

Los Espíritus vampirizadores imploraron a Jesús que no los expulsara de allí. Que les permitiera entrar en aquellos puercos.

El Maestro aceptó.

Entonces se dio lo inesperado:

Asustados, los animales se precipitaron en un acantilado, cayeron al lago y murieron ahogados.

Los que cuidaban de los cerdos presenciaron todo, se apresaron a informar a sus patrones. En poco tiempo había una multitud en el lugar.

El desvariado hombre desnudo, ahora vestido, se mostraba tranquilo, en perfecto juicio, el que fue el terror de la población.

Según el relato evangélico, los moradores del lugar pidieron a Jesús que partiese. El Maestro consideró que sería prudente retirarse, a fin de evitar perturbaciones.

Entraba con los discípulos en el barco cuando el ex-obsediado le pidió que le dejase ir también.

Jesús le recomendó:

- Ve para tu casa y para los tuyos, y cuéntales cuanto te hizo el Señor, y como tuvo compasión de ti.

No estaba preparado, ni era llegado su tiempo, pero podría colaborar con la causa evangélica, dando el testimonio de las dádivas que recibió.

Los beneficiarios de servicios espirituales, desarrollados por dedicados instrumentos del Bien, son siempre los más y eficientes divulgadores de ese trabajo.

Eso es frecuente en el Centro Espirita. Crece siempre el número de personas que buscan el atendimento fraterno y la fluido-terapia después de oír a alguien que recibió beneficios.

Puede parecer extraña la presencia de los puercos. ¿Porque tantos, si a los judíos les eran prohibido consumir su carne? Porque la población de la región era predominantemente pagana o gentílica, sin restricciones en la crianza de puercos.

¿Y la estampida de la manada, bajo la influencia de los Espíritus? ¿Estarían los animales también sujetos a las influencias espirituales?

No tanto como los hombres, ya que no tienen el pensamiento continuo y, consecuentemente, la posibilidad de sintonía con un perseguidor espiritual. Pero, pueden sufrir cierta presión psíquica y hasta la vampirización, en que sus energías son absorbidas por Espíritus primitivos.

Propietarios de animales domésticos saben que, no es raro, presentan problemas de salud o variaciones de humor inexplicables. El origen puede estar en esa influencia.

Considérese, pues, que los animales son controlados y conducidos por Espíritus vinculados a la Naturaleza que los protegen y preservan. El episodio de la muerte de los puercos fue inusitado.

Tenía la finalidad de resaltar los poderes de Jesús. Demostró, también, que los propios animales pueden ser afectados por influencias espirituales.

Curiosa la reacción de los gerasenos, la mayoría ciertamente compuesta de los propietarios de los porcinos. Desearon que los visitantes se retirasen. Estaban asustados... Más probablemente, indignados con los perjuicios ocasionados por la muerte de los animales.

¿Sería razonable tal procedimiento? Al final, el episodio proporcionaría beneficios a todos:

Jesús apartó una legión de Espíritus impuros que perturbaban el lugar. El agresivo enfermo mental no representaba ningún peligro, ni volvería a asustar al pueblo. No obstante, las personas pensaron en el perjuicio material, sin pensar en la ganancia espiritual.

Frecuentemente incurrimos en ese engaño.

Nos disgustamos, no es raro que nos enfademos, con determinadas situaciones difíciles y problemáticas que nos afligen. Tiempo después, cuando las analizamos bajo una perspectiva más realista, constatamos que funcionaron a favor nuestro. Aproximándonos a la religión, sensibilizaron nuestras almas, ayudándonos a superar tendencias vinculadas al inmediatez terrestre...

Se fueron los puercos...

Quedaron valores más altos...

Atienden mejor nuestra condición de Espíritus inmortales en tránsito por la Tierra.

La cura por la fe

Mateo, 9:20-22

Marcos, 5:25-34

Lucas, 8:43-48

Cuando la mujer tuviere flujo de sangre, y su flujo fuere en su carne, siete días estará apartada; y cualquiera que la tocare, será inmundo hasta la tarde. Y todo aquello sobre que ella se acostare mientras su separación, será inmundo; y todo aquello sobre que se sentare, será inmundo. Y cualquiera que tocare su cama, lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde. También cualquiera que tocare cualquier mueble sobre que ella se hubiere sentado, lavará sus vestidos; se lavará luego a sí mismo con agua, y será inmundo hasta la tarde. Y si alguna cosa estuviere sobre la cama, o sobre la silla en que ella se hubiere sentado, el que lo tocare será inmundo hasta la tarde. Y si alguno durmiere con ella, y la inmundicia de ella fuere sobre él, será inmundo por siete días; y toda cama sobre que durmiere, será inmunda. Y la mujer, cuando manare el flujo de su sangre por muchos días fuera del tiempo de su costumbre, o cuando tuviere flujo de sangre más de su costumbre; todo el tiempo del flujo de su inmundicia, será inmunda como en los días de su costumbre.

Toda cama en que durmiere todo el tiempo de su flujo, le será como la cama de su costumbre; y todo mueble sobre que se sentare, será inmundo, como la inmundicia de su costumbre.

Cualquiera que tocare en esas cosas será inmundo; y lavará sus vestidos, y a sí mismo se lavará con agua, y será inmundo hasta la tarde. Y cuando fuere limpia de su flujo, se ha de contar siete días, y después será limpia. Y el octavo día tomará consigo dos tórtolas, o dos palominos, y los traerá al sacerdote, a la puerta del tabernáculo del testimonio; y el sacerdote hará del uno ofrenda por el pecado, y del otro holocausto; y la reconciliará el sacerdote delante del SEÑOR del flujo de su inmundicia.

Este texto está en el Levítico (15:19-30), tercer libro del Viejo Testamento, que trata, de entre otros asuntos, de los rituales de purificación de los judíos, envolviendo, no es raro, el sacrificio de animales y aves.

Se usaba largamente el termino inmundo, que hoy nos parece impactante, de sentido peyorativo.

Es sinónimo de sucio, indecente, obsceno, inmoral...

En el contexto bíblico, significa “impuro”.

Ocurría en varias circunstancias.

Algunas:

- contacto con cadáveres.

- comer ciertos animales – puerco, liebre, camello, conejo...
- parto.
- relaciones sexuales.
- enfermedad de la piel, particularmente la lepra.

Había contaminación hasta en las funciones orgánicas naturales y periódicas.

Sabe el apreciado lector que la menstruación ocurre cada veintiocho días, cuando no hay concepción y es eliminado la cuna sanguínea formado en el útero para recibir el embrión.

Según las prescripciones del Viejo Testamento, el periodo menstrual volvía impura a la mujer. Era como si hubiese cometido el pecado de contrariar a la Naturaleza, frustrando su empeño en perpetuar la especie. Y transmitía impureza a personas, muebles, ropas y objetos con los cuales tuviese contacto.

Eran días penosos, marcado por cuidados extremos, a fin de evitar contaminaciones. Eso le imponía cierta soledad.

Se distanciaba de las personas en el propio hogar, evitando efusiones afectivas, como acariciar a un hijo. Si el periodo era difícil, imaginemos la mujer que, en virtud de un problema ginecológico, experimentase un flujo semejante a la interminable menstruación.

Hoy sabemos que se trata de una pequeña hemorragia, generada por variados males, como un tumor, disturbio hormonal, infección renitente...

En la antigüedad era precarios los recursos médicos. La paciente quedaba, no es raro, largos periodos situada como impura, en una posición humillante.

Uno de los más bellos episodios evangélicos envuelve esa situación.

Significativo el título:

“La hemorroisa”.

Hablan los evangelistas de cierta mujer que desde hacía doce años permanecía catamenial, es decir, menstruada.

Marcos es severo con los médicos.

Afirma que sufrió mucho en sus manos; consumió tratamientos variados todo lo que tenía, sin mejorar. Por el contrario – estaba cada vez peor.

Paciente ideal para profesionales que quieren ganancias – no sana y no muere...

Ya Lucas, que era médico, defiende la clase. Condescendiente, se limita a informar que los colegas no conseguían curarla.

Imaginemos su sufrimiento. Ninguna mujer encuentra agradable el flujo menstrual, acompañado, casi siempre, de tensión, cólicos, dolores, irritación, depresión, angustia... Y como si la Naturaleza le cobrase el hecho de no haber concebido.

¡Imaginemos a quien se sintiese menstruada desde hace doce años!

En el Evangelio de Nicodemo tenemos una interesante información:

Aquella mujer era Verónica que, según la tradición, limpió el sudor sangriento de la cara de Jesús, en el viacrucis.

Las facciones del Maestro habrían quedado estampadas en el pañuelo.

El lector podrá imaginar que me equivoqué al situar como evangelista al fariseo que habló con Jesús sobre la reencarnación.

No hay engaño.

En la Edad Media circulaban muchos Evangelios – de María, de Pedro, de Pablo, de Nicodemo, de Felipe...

Eran decenas.

Cuando San Jerónimo escribió la Vulgata, la traducción de los textos griegos para el latín, dando origen al Nuevo Testamento como lo conocemos, hizo un expurgo.

Se salvaron los cuatro conocidos:

Mateo, Lucas, Marcos y Juan.

Los demás son considerados apócrifos – falsos o de autenticidad dudosa.

Esos cuatro evangelistas no traen nada de Verónica. Por eso su nombre no aparece en el Nuevo Testamento, aunque sea venerada como santa.

Consideremos, amigo lector, para efecto de narrativa, que la hemorroisa era la legendaria Verónica.

Oyó hablar de Jesús, conocía los prodigios que realizaba. Tenía absoluta certeza de que el bondadoso Rabí resolvería su problema. Al final, parar el flujo menstrual era mucho más fácil que dar visión a los ciegos, tener movimiento a los paralíticos, audición a los sordos...

Había un problema:

¿Cómo acercarse a Jesús y dirigirle la palabra, siendo impura?

Le parecía impertinencia, una osadía...

Inmenso el peso de los preconceptos que oprimían a la mujer en aquellos tiempos lejanos.

Indecisa en principio, Verónica se animó con un ejercicio de lógica cristalina:

No hacía falta hablar con Jesús.

El poder que estaba en sus manos y en su voz impregnaba también sus ropas.

¡Bastaría tocar en una punta de su túnica y sería curada! Así, esperó, ansiosa, la bendecida oportunidad.

Cuando el Maestro pasó por las inmediaciones, en Cafarnaúm, regresando de Gerasa, fue a su encuentro. La multitud lo rodeaba.

Venciendo la timidez, con infinito cuidado para no contaminar a nadie con su impureza, Verónica, se aproximó a Jesús, que caminaba delante de ella.

¡Fue tomada de inexplicable emoción!

¡Finalmente llegó el momento tan esperado!

¡Estaba delante del Mesías!

Sin vacilar, extendió sus temblorosas manos y tocó sus ropas...

Si viviese en nuestro tiempo diría haber experimentado un suave choque eléctrico, un hormigueo extendiéndose en su cuerpo. Sintió, instantáneamente, que el flujo sanguíneo cesaba.

¡Alcanzó la gracia soñada!

Podemos imaginar su alegría.

- ¿Quién me tocó? - preguntó Jesús.

Evidentemente sabía quien lo hizo. Solamente deseaba destacar aquella gloriosa manifestación de fe.

Simón Pedro, con la manera ruda que lo caracterizaba, respondió:

- Maestro, la multitud nos comprime. Hay mucha gente a nuestro alrededor. ¿Cómo vamos a saber quién te tocó?

Jesús insistió:

- Alguien me tocó. Percibí que salió de mi un poder.

Verónica tembló.

Los doce años de impureza hicieron de ella una mujer solitaria, tímida, temerosa de contacto con las personas. Pero, convocada al testimonio, en aquel glorioso momento que habría de marcar para siempre su trayectoria, no vaciló.

Se arrodilló delante de Jesús y le relató sus dolorosas experiencias, el mal que la atormentaba desde hacía doce años y porque tocó sus ropas.

¡Suprema felicidad! ¡estaba curada!

Jesús levantó a Verónica y, abrazándola cariñosamente, le dijo:

- ¡Hija, tu fe te salvó! Ve en paz y queda libre de tu mal.

Un prodigio extraordinario más era realizado por el misionario divino. Nuevamente quedaba demostrado:

La fe era la base fundamental para que las personas recibiesen sus bendiciones.

¿La cura es el premio para la fe?

¿Jesús rechaza a ayudar a los que no creen en Él? ¡Ciertamente, no!

Inaceptable tal comportamiento por parte de alguien que vino para acabar con discriminaciones y prejuicios.

El Maestro nos ayuda a todos. Incluso los incrédulos pertenecen al inmenso rebaño humano, conducidos por el celeste pastor. Pero hay una condición establecida por las leyes divinas para el atendimiento de nuestras suplicas:

La sintonía vibratoria.

Aquí entra la fe, algo tan fundamental para recibir las bendiciones que buscamos, como accionar el interruptor para encender la lámpara o hacer funcionar un aparato eléctrico.

Jesús, querido lector, no comparece personalmente a los cuartos de pasajes, en los Centros Espiritas, donde buscamos cura para nuestras enfermedades y consuelo para nuestros dolores. Se hace representar por mentores espirituales que se utilizan de servidores de buena voluntad - los pasistas.

Semejante a Verónica, no es necesario exponer resentimientos y deseos, ni anunciar problemas y enfermedades. Basta tener fe, la certeza plena de que seremos agradecidos.

Imaginémonos extendiendo las manos a Jesús, como Verónica...

¡Sentiremos el poder que fluye de los pasistas, emanado de la espiritualidad, haciendo cesar el flujo de nuestros dolores!

Los trabajos de la siembra

Mateo, 9:35-38

A lo largo de los meses, Jesús seguía en los bendecidos trabajos.

...recorría Jesús todas las ciudades y aldeas, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el Evangelio del Reino, y sanando toda enfermedad y toda flaqueza en el pueblo. Y viendo la multitud, tuvo misericordia de ella; porque estaba derramada y esparcida como ovejas que no tienen pastor.

Entonces dice a sus discípulos:

- La mies, en verdad, es grande, pero los trabajadores son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies.

Mies es la extensión de tierra en que se hace el cultivo de cereales.

En el contexto evangélico es el campo de actuación del cristiano, convocado para la edificación del Reino de Dios.

Tiene exactamente el tamaño de nuestro planeta. La Tierra es la gran Mies.

Los sembradores se esparcen por todos los países, en todas las culturas...

No siempre aparecen vinculados al Cristianismo, pero, invariablemente, se unen a las orientaciones del Cristo, que les habla en el interior de sus almas. Por eso, hay el perfume del Evangelio en todas las religiones, aunque florezcan en las más remotas regiones, sin acceso al mensaje cristiano.

Grandes líderes religiosos que antecedieron a Jesús también fueron sembradores, anticiparon algo de sus lecciones, precursores de su mensaje.

Hoy, como ayer, son escasos los sembradores.

¿Por qué?

¿Habrá necesidad de aptitudes especiales, curso superior, posición de destaque, inteligencia brillante?

¡Negativo!

Grandes sembradores son, no es raro, personas sencillas, sin títulos académicos, sin cultura perfecta.

Podemos entender esa carencia a partir de experiencias de dedicado y lucido predicador espirita, que llamaremos Pedro Afonso.

Cierta vez decidió montar un singular curso:

Sembradores de Jesús.

Doscientas veinte personas se inscribieron, animadas por la perspectiva de integrarse en el glorioso grupo.

En la primera reunión explicó.

- Tendremos dos partes en nuestro aprendizaje: teoría y práctica. La primera puede ser resumida, en una palabra: amor. En él está la esencia del pensamiento cristiano, la base de nuestra acción. La dificultad está en la práctica, porque pocas personas consiguen amar de verdad. ¿A propósito, mis amigos, que es amar?

Varios alumnos respondieron:

- Amar es gustar mucho.

- Definición equivocada. Gustar es esfuerzo, implica expectativa, en resultados deseados. El joven le gusta la novia porque es bonita y cariñosa... La joven le gustó su novio porque es atento e inteligente... Algo como experimentar un dulce. Nos gusta porque es sabroso, satisface nuestro paladar. Por eso las personas tienden a aborrecerse. Quedan saciadas, pierden el gusto del sabor, o el dulce perdió el gusto, o desean experimentar nuevos sabores... En la rutina de la vida conyugal la esposa ya no es tan bonita, ni tan atento el marido... Hay problemas en el día a día, con la educación de los hijos, las finanzas, el relacionamiento... ¡Queda amargo, difícil de tragar!

El expositor hizo una breve pausa, y añadió:

- Amar es diferente. Y querer el bien de alguien: es trabajar por ese objetivo, sin esperar nada a cambio.

Ejemplo perfecto – el amor de madre. Ella se preocupa con el hijo siempre, aunque sea un mal carácter, un sinvergüenza que no la respeta y no corresponde a sus expectativas.

Después de una breve pausa, Pedro Afonso continuó:

- Jesús recomendaba que amemos al prójimo como a nosotros mismos. La dificultad en hacerlo está en la falta de esa referencia. Por ejemplo: ¿Quién fuma?

Varios participantes levantaron el brazo.

- Observad como es de complicado... Si vosotros cultiváis un vicio que os hace mucho mal, comprometiendo la salud, es obvio que no os amáis.

Alguien ponderó:

- El fumador revela amor por sí mismo, habilitándose a la tranquilidad y al estímulo que el cigarro le proporciona. Me pongo tenso cuando no doy unas caladas.

- No confundamos pasión con amor. Pasión es instinto. Busca la satisfacción momentánea, sin reflexiones más nobles. Amor es sentimiento. Su suprema aspiración es la felicidad del ser amado. Como el apasionado por sí mismo, el fumador no tiene ninguna preocupación con las consecuencias. Por más que lo alerten, no atiende al hecho de que cada cigarro consumido abrevia en once minutos su existencia, conforme las estadísticas; o que se torna candidato a tener cáncer, enfisema pulmonar, hipertensión, infarto...

Se asemeja al maniaco sexual, agarrado por la voluptuosidad de la violación. Ni siquiera piensa que experimentará el odio público y pasará buen tiempo en la prisión por aquella fugaz relación sexual. Quien se ama lo hace diferente: procura edificar un buen futuro, huyendo de pasiones y vicios que satisfacen el presente, pero complican el futuro.

Pedro Afonso dio un toque nuevamente:

- Tengo otra pregunta: ¿Quién consume bebidas alcohólicas?

Se levantó una selva de brazos incómodos.

Un alumno se adelantó:

- El cigarro es siempre nocivo. Con el alcohol no es así, si es usado con moderación. Adoro tomar una copa de vino, diariamente, sin ningún perjuicio. Al contrario, los médicos afirman que favorece el corazón, evitando obstrucciones en las arterias.

- Es verdad. Sin embargo, hay una cuestión de principios. Cada botella de bebida que adquirimos ayuda a sustentar la industria que mata más gente y destruye más hogares que una guerra. El sembrador de Jesús no debe hacer eso.

El grupo escuchó, atónito, aquellas inusitadas ponderaciones.

- Vamos adelante. Amar al semejante, como enseña Jesús, es querer su bienestar, tanto como queremos el nuestro. ¿Qué os proponéis hacer en este sentido?

Varios aprendices se manifestaron:

- Haré guardia en el albergue...

- Atenderé a niños en la periferia de la ciudad...

- Visitaré enfermos en el hospital...

- Participaré de la campaña de la Leche...

- Colaboraré en la fiesta de la pizza...

- Conseguiré contribuyentes para el Centro....

Pedro Afonso sonrió.

- Todo eso es muy importante, pero no basta. Trabajar en la Mies no es compromiso para algunas horas en la semana o algunos días en el mes. Es necesario que haya dedicación plena. El sembrador de Jesús debe estar siempre preparado, en todos los momentos, haciendo algo por el prójimo, sea en casa, en la calle, en el lugar de trabajo, en el barrio humilde...

Un alumno reclamó:

- Teóricamente es interesante. En la práctica no funciona, dado que no siempre hay ánimo. Al final, todos tenemos nuestro Karma. Yo, por ejemplo, veo muy difícil pensar en el prójimo, considerando que estoy desempleado, con problemas financieros.

Una joven se anticipó:

- En cuanto a mí, pierdo la iniciativa por culpa de mi marido. Me enfada. Obra de forma irresponsable, causando problemas para la familia. ¡Karma pesado!

Otro se justificó:

- Mi karma es la salud debilitada. Enfrento frecuentemente crisis que me perturban. En esas horas no tengo cabeza para pensar en la experiencia cristiana. ¡Me quiero aislar!

Animados, varios aprendices relataron sus problemas, alegando impedimentos kármicos relacionados con profesión, familia, salud...

Después de escucharlos pacientemente, Pedro Afonso esclareció:

- No confundamos. Karma es nacer ciego o paralizado: es tener una enfermedad grave; es sufrir una tragedia; es enfrentar la muerte prematura de un hijo. Pareja difícil, problemas familiares, dificultades financieras, desajustes físicos pasajeros, son meras eventualidades de la jornada humana. Jamás nos perturbarán si los encaramos como espinos necesarios, señales que Dios coloca en nuestro camino, a fin de que sigamos con cuidado y no nos perdamos en los desvíos de la inconsecuencia. El gran problema de los candidatos al servicio es que dan demasiada atención a los espinos. Crecen tanto a sus ojos, que les parecen cruces inmensas, anulando sus iniciativas, tornándolos incapaces de aprovechar las oportunidades de servir.

- ¿Eso significa? – interrumpió un aprendiz- ¿qué debemos servir siempre, en cualquier lugar o situación?

- Exactamente. El sembrador no pierde tiempo con lamentaciones o quejas añadiendo circunstancias o personas; mucho menos se cree un sufridor. Aunque sustente una pesada cruz, invariablemente hace de ella un bendecido arado para la labranza del Bien, edificando a aquellos que lo rodean con la fuerza irresistible del ejemplo.

Tiempo agotado, Pedro Afonso hizo la recomendación final:

- Meditemos sobre el asunto, mis queridos. Volveremos a reunirnos mañana, siguiendo en nuestros estudios preparatorios para sembradores de Jesús.

En el aula siguiente, sin ninguna sorpresa para el expositor, los doscientos veinte candidatos estaban reducidos a una docena.

Todos deseaban el título honroso.

Pocos se disponían a asumir los compromisos de la Mies, que permanece inmensa...

¡Del tamaño del Mundo!

Instrucciones a los sembradores

Mateo, capítulo 10

Lucas, 10:5-6

La divulgación de la Buena Nueva pedía esfuerzo de muchos.

Después de meses de preparación, Jesús consideró que llegó el momento de convocar a los sembradores.

Inicialmente, los doce discípulos que componían el colegio apostólico. En breve habría alguna decena más. Setenta, según el evangelista Lucas.

Necesario que el mensaje sobrepase las fronteras de Galilea, derramándose, en principio, por toda Palestina; después, más allá de las fronteras, sobre todos los países.

Tanto los apóstoles, en principio, como a los demás sembradores después, Jesús instruyó como deberían proceder en las predicas, en los viajes, en las relaciones con las personas, en la obtención de los medios de subsistencia...

Orientaba la actividad de un grupo que enfrentaría dificultades variadas, principalmente la discriminación, la persecución, la agresión de adversarios que no aceptan las nuevas ideas. Son específicas, pero hay algo de ellas que sirve para nuestro día a día.

Algunos ejemplos:

Al entrar en una casa, decid:

La paz sea en esta casa.

Si la casa es digna, descienda sobre ella vuestra paz; si no es digna, vuelva para vosotros vuestra paz.

Sería extraño en nuestra cultura, distante de los tiempos apostólicos, proclamar, alto y con buen sonido:

- ¡La paz esté en esta casa!

Sonaría solemne y pretensioso, oliendo a fanatismo.

- ¡Válgame Dios! ¡Llegó el profeta!

No obstante, podemos hacerlo en pensamiento, como una manifestación de buena voluntad a favor de aquel que allí vive o desarrollar alguna actividad.

Si el ambiente no está bien; si las personas guardan algo contra nosotros, nuestra buena disposición neutralizará vibraciones negativas. La asimilación depende siempre de la sintonía, determinada por nuestra actitud mental.

No hay influencia nociva que afecte a alguien que, del fondo del alma, desee paz a aquellos a quien se aproxima.

Yo os envío como ovejas en medio de lobos. Por tanto, sed prudente como las serpientes y sencillas como las palomas.

Hay siempre algo de fiera, la agresividad instintiva, en el comportamiento humano. De ahí que vivimos con problemas de relacionamiento.

Valiosa, pues, esa orientación, teniendo dos cuidados:

- Prudencia

La mayor parte de nuestros problemas surge a partir de cierta impulsividad, que nos lleva a obrar sin pensar en los resultados de nuestras acciones, algo típico de la agresividad humana.

Hacemos primero; después pensamos.

En la fiesta de su casamiento el novio discutió con un convidado. Trastornado, cogió un revolver y le disparó. Alcanzó a una señora, que falleció. El día que debería ser recordado como de los más felices quedó marcado como el más negro - aquel en que mató estúpidamente una inocente.

- ¡Perdí la cabeza! – lamentó, desesperado.

La perdió porque no se protegió, dejándose dominar por la cólera, pésima consejera.

- Simplicidad

Sencillo, en el sentido evangélico, es aquel que tiene sus propias convicciones (la moral cristiana) y en ellas se inspira, sin dejarse corromper por valores extraños. Por eso no es afectado por la maldad ajena, ni guarda preconceptos o hace discriminaciones.

No hay espacio en su casa mental para resentimientos o amarguras.

Puede incluso ser considerado de tonto “sangre de horchata”, ya que no reacciona a las impertinencias ajenas. En verdad solo ejercita buen sentido, vivenciando un principio que el hombre común desconoce:

Responder al mal con el mal es incorporarlo.

El discípulo no es más que el maestro, ni el siervo más que su señor.

Si Jesús enfrentaría incomprendimientos y agresiones, que sus seguidores no se sorprendiesen al recibir idéntico tratamiento. El mal aún tiene largas expresiones de dominio en la Tierra, involucrando particularmente al mundo espiritual.

Cuando alguien se decide a encarar la religión con seriedad, surgen variados problemas en su día a día, como si hubiese la interferencia de fuerzas extrañas.

Nuestra buena disposición incomoda a Espíritus que nos acompañan, que nos exploran el psiquismo, que absorben nuestras energías, que comparten nuestros vicios...

No pretenden perder el control sobre nosotros. Crean problemas para que desistamos de nuestros ideales.

Fundamental que seamos perseverantes. Considerando que son incomparablemente más fáciles los testimonios de hoy.

Los cristianos primitivos eran convocados a morir por el Cristo, lanzados a las fieras o transformados en antorchas vivas.

Hoy se espera solamente que vivamos como cristianos, fieles a nuestros principios.

¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Y ninguno de ellos caerá al suelo sin el consentimiento de vuestro Padre. Hasta incluso los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.

Dios es el Señor supremo, consciencia cósmica del Universo, que conoce hasta la cantidad de nuestros cabellos. Nada ocurre sin su permiso, incluso la muerte de una humilde ave.

El ser humano, situado en el más alto estadio de la evolución biológica, capaz de pensar y escoger, es mucho más importante que un gorrión.

Nada hay que temer.

En las peores situaciones, en las pruebas más difíciles, en los problemas más graves, una certeza debe ser nuestra esperanza:

¡Dios está presente!

No penséis que he venido para traer paz en la tierra; no he venido para meter paz, sino espada. Porque he venido para hacer división del hombre contra su padre, y de la hija contra su madre, y de la nuera contra su suegra. Y los enemigos del hombre serán los de su casa.

El mensaje cristiano promovía un radical cambio en el pensamiento religioso. No más el dios guerrero, la pena de talión, los sacrificios de animales y aves, los rituales externos, el odio a los adversarios...

Con Jesús llegaban buenas noticias, alterando sustancialmente la naturaleza de nuestras relaciones con la divinidad:

Dios – el Padre.

Templo – el corazón.

Religión – el Amor.

Culto – el Bien.

Era toda una revolución de ideas, chocando con férreas resistencias, primero de los propios judíos, después de los paganos, a lo largo del imperio romano. Los cristianos tendrían dificultades para lidiar con los propios familiares.

En el libro Pablo y Esteban, psicografía de Francisco Cándido Xavier, en que Emmanuel relata la epopeya del cristianismo, hace la conmovedora experiencia de Pablo de Tarso.

Después de su conversión, él quedó en una situación difícil. Los cristianos dudaban de él. Pues fue el gran perseguidor del movimiento, responsable de la muerte de Esteban, el primer mártir de la iglesia naciente.

Los adeptos del judaísmo lo encaraban como un despreciable desertor. Traicionó la Ley, uniéndose al carpintero.

Carente, Pablo buscó a su padre, en Tarso, confiando de que recibiría apoyo. El padre lo quería, pero estaba comprometido con los preconceptos de la raza. No aceptó aquel cambio. Impuso al hijo que escogiese entre Jesús o Moisés.

Pablo nutria un cariño especial por el padre, pero no podía negar sus convicciones. Desolado, dejó la casa paterna.

Algo semejante ha acontecido con el Espiritismo que, como el Cristianismo primitivo, rompe con tradiciones milenarias y revive los ideales evangélicos de reforma íntima y comunión espiritual. Hay problemas cuando la familia guarda otras convicciones. Esto porque, por ignorancia o mala fe, sus preceptores afirman que el Espiritismo es obra del demonio y que belcebú se manifiesta en los Centro Espiritas.

Sin negar nuestros principios, será siempre provechoso sustentar un comportamiento tan evangelizado, tan noble, tan vuelto para el Bien y la Verdad, que nuestros familiares acaben reconociendo que nuestra creencia viene de Dios, hace de nosotros personas buenas, sensatas, pacientes, caritativas...

El que hallare su vida, la perderá; y el que perdiere su vida por causa de mí, la hallará.

Tenemos aquí una instructiva paradoja.

En el sentido humano, hallar la vida es conquistar poderes y riquezas; disfrutar de confort y bienestar. Muchos se sienten realizados al alcanzar esos objetivos. En verdad, pierden el tiempo.

Cuando la muerte viene a buscarlos, ven, desolados, que no pueden llevar los bienes que acumularon en la Tierra – propiedad, empresas, dinero, títulos, riquezas, joyas... Y todo confiscado en la “aduana del más allá”.

Regresan atormentados e infelices, mendigos de paz, alimentando el tiempo perdido.

Ya aquellos que cultivan los valores espirituales que se desapegan a los intereses materiales, muchas veces escuchan de familiares y amigos:

- ¡Estas perdiendo la existencia! Estas dejando el tiempo pasar sin aprovecharlo...

¡Bendecida perdida! Gracias a ella ganamos algo infinitamente más importante:

¡La vida en plenitud!

La Vida que circula en nuestras venas, cuando nuestro cerebro se llena de ideales y nuestro corazón late al ritmo del Bien.

Panes y peces*Mateo 14: 13-21**Marcos 6: 30-40**Lucas 9: 10-17**Juan: 6:1-14*

Se pasaron semanas, envolviendo viajes de los apóstoles que, según las orientaciones de Jesús, divulgaban la Buena Nueva, curaban enfermedades y expulsaban Espíritus impuros. Sus hechos no fueron registrados por los evangelistas. Eran meros ayudantes en aquella gloriosa historia de amor entre el misionario divino y la Humanidad.

Retornando a Cafarnaúm, se reunieron con Jesús para contarle sus experiencias y recibir nuevas instrucciones. Tenían mucho que decir y escuchar.

Pretendiendo una reunión reservada, Jesús se retiró con ellos para una región poco habitada, cerca de diez Kilómetros al noroeste de Bethsaida. Siguieron en barco por las aguas tranquilas, a alguna distancia de la playa. No obstante, las personas seguían por tierra.

La noticia se esparcía; más gente surgía a cada momento. Cuando desembarcaron habían delante de ellos una multitud. Cerca de cinco mil hombres, conforme la estimativa de los evangelistas.

Mucha gente, principalmente si consideramos el tamaño de las ciudades de Galilea. Algunas no pasaban de aldeas, con pocas centenas de habitantes. La influencia, con todo, se justificaba.

Jesús era el taumaturgo, el hacedor de milagros. Nadie más dispuesto a viajar hasta los confines del Mundo, que el enfermo portador de un mal insidioso, si le señalaban con las perspectivas de cura.

Natural que viniese gente de todas las regiones; gente que, ayer como hoy, va lejos para apartar males que vuelven siempre... Así será, hasta que todos nos dispongamos a una jornada diferente, mucho más provechosa: en nuestro universo íntimo, buscando el autoconocimiento en empeño y renovación.

Conforme demuestra la Doctrina Espirita, nuestros males son una consecuencia de males y vicios. Son sustentados por el mal que existe en nuestros corazones.

Compadeciéndose, Jesús aplazó la conversación con los discípulos y, en pleno campo, como tanto apreciaba, atendió a la multitud. Ayudó, durante horas, necesitados de todos los matices, curándolos de sus males. Sobre todo, les ofreció las bendiciones de la palabra, orientándolos para una existencia más productiva y tranquila.

A la tarde los discípulos le dijeron:

- El lugar es desierto, y el tiempo es ya pasado; despide la multitud, para que se vayan por las aldeas, y compren para sí de comer.

Respondió Jesús:

- No tienen necesidad de irse; dadles vosotros de comer.

Los discípulos se asustaron:

- No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces.

El Maestro no se perturbó.

Recomendó que dividiesen la multitud en grupos de cincuenta personas. Sentándose todos en la hierba menuda que crecía en aquella época del año. La división en grupos facilitaba la distribución y favoreció a los evangelistas el levantamiento de cuantas personas estaban presentes.

Jesús cogió los cinco panes y los dos peces y, levantando la mirada para el Cielo, rindió gracias a Dios. Partiendo los panes, los entregaba a los discípulos, juntamente con los peces, para que fuesen distribuidos...

Ellos se espantaban.

¡Cuánto más distribuían, más panes y peces surgían!

El pueblo se sació a voluntad.

Al terminar, sobró alimento suficiente para llenar doce cestos.

Este episodio es tan increíble que parece fantasía. Hay quien lo sitúa como una de muchas parábolas de Jesús, demostrando que Dios siempre envía el sustento para los hijos que piden su misericordia.

Demostrando su autenticidad tenemos el hecho de que fue relatado por los cuatro evangelistas. Dos de ellos, Juan y Mateo, estuvieron presentes. En otro pasaje, Mateo y Marcos se reportan a la segunda multiplicación de panes y peces, cuando fueron alimentadas cuatro mil personas. Probablemente haya ocurrido otros, no registrados...

Jesús conformaba sus extraordinarios poderes.

¿Cómo explicar el prodigio?

La fe ingenua lo situará como un milagro, misteriosa intervención divina. Mejor, como enseña la Doctrina Espirita, ejercitando la fe "racional", buscando respuestas.

Hay varias posibilidades:

- Hipnosis.

Jesús habría sugestionado a las personas presentes, sustentando una alucinación colectiva.

Esta hipótesis no resiste al hecho de que, después de la distribución, los discípulos cogieran doce cestos de panes y peces, algo objetivo y palpable que no se acomoda en los estrechos límites de la sugestión hipnótica.

- Transporte.

Fenómeno en que seres y cosas pueden ser transferidos de un lugar a otro, como en las casas mal encantadas, bombardeadas por lluvias de piedras, sin que se vean los autores de la proeza.

Jesús habría retirado considerable cantidad de panes y peces de casas o establecimientos comerciales.

Chocamos con un problema ético.

No sería honesto robar tanto alimento, algo incompatible con la moral evangélica.

- Transmutación.

Los prepuestos espirituales de Jesús, atendiendo a sus determinaciones, transubstanciaron la materia, retirando de la Naturaleza los componentes necesarios para producir panes y peces.

- Ideoplastia.

El pensamiento es una forma de energía generada por la mente. Controlada y dirigida, asume formas variadas.

Si un grupo de personas se concentra imaginando panes y peces, un vidente los verá. Si allí hubiera médiums de efectos físicos, ofreciendo soporte para el fenómeno, el alimento podrá tornarse visible, palpable y consumible.

Esta nos parece la hipótesis que mejor explica el fenómeno producido por Jesús.

- ¡Bella fantasía! – proclamará el lector.

Para nosotros, sin duda. Para un Espíritu superior, prepuesto de Dios, como Jesús, algo perfectamente viable.

Estamos tan lejos de hacerlo como viajar para otra galaxia.

La Humanidad de los próximos milenios, suficientemente desarrollada en los dominios de la ciencia y de la espiritualidad, lo hará de manera corriente. Tan importante como el prodigio realizado por Jesús es el simbolismo que encierra. Millares de personas fueron

beneficiadas por un hombre y doce compañeros, movilizando vigorosos poderes espirituales.

Algo semejante se repite, siempre que un grupo de personas se disponga a movilizar otro recurso, no menos prodigioso:

¡La buena voluntad!

Los hospitales, las casas de salud, los hogares de infancia y de la vejez, los albergues, las escuelas, centenas de casas de auxilio, vinculadas al Espiritismo y a otros movimientos religiosos, se valen de ella. Con ella se multiplican en la Tierra las bendiciones del Cielo y los recursos no paran de llegar. Difícil es encontrar gente dispuesta a remangarse las mangas y servir – el resto es sencillo.

Donde hay buena voluntad nunca faltan panes y peces para alimentar a la multitud.

Sobre las aguas*Mateo, 14:24-33**Marcos, 6:47-51**Juan, 6:16-21*

La multitud, entusiasmada con la multiplicación de los panes, querían coronar a Jesús rey de los judíos. El Maestro, prudentemente, después recomendó a los discípulos que cogiesen el barco y partiesen, se apartó subiendo un monte, en las proximidades. La iniciativa no sorprendió a los compañeros.

Jesús estimaba la soledad.

Hay dos tipos:

Soledad vacía.

El hombre en conflicto íntimo, incapaz de relacionarse con el semejante...

Soledad generosa.

El hombre que se recoge para hablar con Dios.

Era lo que Jesús hacía.

En este contacto íntimo con el Creador, en los dominios del corazón, marcado por la oración y la meditación, buscaba:

- Aliento para las más duras pruebas...
- Poder para los más notables prodigios...
- Inspiración para los más sublimes discursos...

Aunque hubiese recomendado que partiesen, los discípulos lo esperaron por algún tiempo. Al oscurecer resolvieron ir, imaginando que el Maestro los seguiría por la playa. Aunque hubiese recomendado que partiesen, los discípulos lo esperaron por algún tiempo.

Al oscurecer decidieron ir, imaginando que el Maestro los seguiría por la playa.

Soplaba un viento fuerte.

El barco se movía con lentitud.

En la cuarta vigilia de la noche, habían avanzado más que veinticinco a treinta estadios.

Es frecuente, en los textos evangélicos, la expresión “vigilia” para definir en qué parte de la noche se dio la determinada ocurrencia.

Viene de una disciplina militar romana – el cambio de centinela. El periodo nocturno era dividido en cuatro vigilias:

- Tarde, de las 18 a las 21 horas;
- Canto del gato, de las 24 a las 3 horas.
- Mañana de las 3 a las 6 horas.

En cuanto al estadio, era la medida griega, correspondiente a ciento ochenta y cinco metros. Esto puesto, concluimos que, por alrededor de las tres de la madrugada, el barco avanzó cerca de cinco kilómetros.

Luchando contra el viento, los apóstoles percibieron un bulto a lo lejos.

¡Increíble! ¡Alguien andando sobre las aguas!

¡Un fantasma!...

¡Estaban asustados!

Ayer, como hoy, los Espíritus inspiran miedo. Mayor fue el susto al escuchar una voz.

¡El fantasma les hablaba!

¡Peor! ¡Se aproximaba al barco!

Paralizados por el miedo, hicieron lo que las personas acostumbran hacer en semejante situación:

¡Se pusieron a gritar, a pleno pulmón!

En breves instantes, el miedo cambió a espanto.

¡Era Jesús!

Caminaba sobre las aguas, como quien pisa tierra firme.

Y les decía:

- Valor, soy yo. ¡No tengáis miedo!

Simón Pedro, el más ardoroso y también el más impulsivo del grupo, se levantó.

- ¡Si eres tú, Señor, ordena que yo vaya a tu encuentro!

Jesús sonrió y le llamó:

- ¡Ven!

Entusiasmado, el apóstol dejó el barco.

Bajo intensa emoción, se vio caminando sobre las aguas. Pero el viento era fuerte, agitadas las olas...

Dudó. En pánico, sintiéndose que se hundía, clamó:

- ¡Sálvame, Señor!

Jesús, ahora a su lado, le extendió la mano y lo ayudó a entrar en el barco. Después, preguntó, bien humorado:

- ¡Hombre de poca fe! ¡¿Porque dudaste?!

Los discípulos, emocionados, reconocían, una vez más, que estaban delante de alguien muy especial. De prodigio en prodigio, de lección en lección, Jesús preparaba a los compañeros para las tareas arduas del porvenir, sedimentando en sus corazones la convicción que les permitiría enfrentar arduos testimonios.

Nada deberían temer. Aquel profeta poderoso, que curaba todos los males y realizaba los más increíbles prodigios, habría de protegerlos siempre.

No es difícil definir la naturaleza del fenómeno realizado por Jesús:

“La levitación”

Con la ayuda de fuerzas imponderables, que se superponen a la gravedad, individuos y objetos se sustentan en el aire. La literatura psíquica es abundante en ejemplos.

Carmine Mirabelli, en Brasil, durante las décadas de los treinta y cuarenta, se erguía del suelo, causando asombro. Hay fotografías que lo demuestran volando.

En el siglo pasado, el médium inglés Daniel Douglas Home participaba de reuniones donde, en trances, levitaba. Para no dejar ninguna duda al respecto, los Espíritus que controlaban el fenómeno lo hacían salir por una ventana y entrar por la otra. Esas experiencias eran hechas bajo un riguroso control, comprobando su legitimidad.

En la iglesia católica hay centenas de relatos sobre levitación, involucrando sacerdotes que, frente a esos prodigios de esa naturaleza, que constan en su biografía, tomados a cuenta de milagros, fueron canonizados.

Se cuenta que San Pedro de Alcántara, fraile franciscano español, era frecuentemente observado, durante sus meditaciones, suspendido muchos metros encima del suelo. No es raro, inmerso en sus pensamientos, atravesaba ríos caminando sobre ellos, como lo hizo Jesús.

En la India, faquires ejercitan la levitación, sometiéndose a rigurosas disciplinas. En la Edad Media, periodo de oscurantismo, en que las médiums eran acusadas de hechiceras, se usaba un increíble “test de lo absurdo” que, invariablemente, terminaba con la muerte de las infelices:

Se media “su ligereza sobrenatural”, demoniaca, la capacidad de levitar. Se amarraba a la supuesta hechicera con cuerdas y pesos y la lanzaban al río. Si flotaba, sin hundirse, quedaba demostrado su unión con el demonio. Inmediatamente la conducían a la hoguera. Si se hundía, ahogándose, venía la “piadosa” proclamación:

Murió inocente...

La levitación envuelve el desarrollo de poderes espirituales, ayuda espiritual y, sobre todo, gran fe.

Dedicado sacerdote, hombre santo, preguntó a la joven:

- Hija mía, ¿Por qué siempre llegas tarde al culto?
- Es que dependo de la barca para cruzar el río. Acostumbra tardar. ¿Qué debo hacer?
- ¡Ten fe! Ora. Pide inspiración al Cielo para superar esa dificultad.

En las semanas siguientes no hubo problemas.

Ella llegaba temprano, hasta mucho antes.

El sacerdote tenía curiosidad:

- ¿Cómo solucionaste el problema?
- Seguí sus instrucciones. Ejercité la fe y dejé la barca. Atraveso el río caminando sobre las aguas.

El sacerdote consideró, para sí mismo:

“Si un simple aprendiz es capaz, también yo lo haré” Fueron al río.

Delante de él, la joven siguió, tranquila, levitando. Cuidadoso, el sacerdote se levantó la sotana hasta las rodillas e inició la travesía.

En el primer paso se hundía.

- ¡No lo consigo! - grito.

Ella, mirando para atrás.

- Faltó fe, padre.
- ¿Cómo lo sabes?
- Usted tiene miedo de mojar la sotana.

Esta anécdota enfatiza la importancia de la fe.

Simón Pedro deseó ardientemente ir al encuentro de Jesús. Creía que, si el Maestro lo ordenase, podría andar sobre las aguas. Salió del barco, dio algunos pasos, pero tuvo miedo. A partir de ese momento comenzó a hundirse.

Observamos que la unión con Jesús envolvía sus sentimientos. Confiando, puede ser amparado. Al dudar, temeroso, perdió la sustentación.

A los primeros contactos con el mensaje cristiano, quedamos entusiasmados. Nos aminamos. Deseamos, ardientemente, ir al encuentro del Cristo. Anhelamos la integración en los servicios del Evangelio.

¡Es algo sublime, indescriptible! Y como si flotáramos sobre las miserias humanas.

Todavía, el entusiasmo es fugaz.

Pasadas las primeras emociones, al peso de nuestras propias fragilidades, vacilamos, perdemos el estímulo, el entusiasmo, y nos hundimos en el océano de nuestras contradicciones y desengaños...

¿Y qué sería de nosotros, si múltiples veces el Cristo no nos hubiese levantado, ofreciéndonos renovadas oportunidades de ir a su encuentro, con el amparo de sus mensajeros?

Después de tales crisis, cuando tomamos consciencia de nuestras fragilidades, generalmente nos sentimos avergonzados. Y si prestamos atención a lo que va a nuestra consciencia, percibiremos, claramente, Jesús diciéndonos, en la acústica del alma:

- ¡Ah! ¡hombre de poca fe!

Un poco más y el grupo estaría de retorno a Cafarnaúm, completando una nueva etapa, extensión de la gloriosa misión de Jesús. Ella se extendería, aun, por varios meses, hasta la jornada final en Jerusalén. Entonces el Maestro daría gloriosos testimonios de aquella fe viva, que se sobrepone a las fragilidades humanas para la edificación del Reino de Dios.